

La Revista Blanca



Colaboradores.

Soledad Gustavo.

Luisa Michel.

Pedro Dorado.

F. Giner de los Ríos.

Juan Giné y Partagás.

Pompeyo Gener.

U. González Serrano.

José Esquerdo.

A. Sánchez Pérez.

Fernando Tarrida.

Francisco Salazar.

Alejandro Sawa.

Manuel Cossío.

Alejandro Lerroux.

Miguel Unamuno.

Anselmo Lorenzo.

Fermín Salvochea.

Ricardo Mella.

Adolfo Luna.

Jaine Brossa.

Ricardo Rubio.

Pedro Corominas.

José Nakens.

Nicolás Estévez.

Doctor Boudín.

Donato Luben.

Serente,

Federico Urates.

Administración:
7, SAN OPROPIO, 7
Madrid.

BIBLIOTECA DE “LA REVISTA BLANCA,”

- LA CONQUISTA DEL PAN** Por P. Kropotkine.—2 pesetas.
- LA SOCIEDAD FUTURA** Por Soledad Gustavo.—20 céntimos.
- EL PROBLEMA SOCIAL** Por P. Kropotkine, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo.—20 céntimos.
- Almanaque ilustrado* de «La Questione Sociale», para 1900.—70 cts.
- LEY DE HERENCIA** Drama en cuatro actos, por Federico Urales.—1 peseta.
- HONOR, ALMA Y VIDA** Drama en tres actos, del mismo autor.—1 peseta.
- EL IDEAL DEL SIGLO XX** Por Palmiro de Lidia.—20 céntimos.
- LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA** Por Emilio Z. Arana.—30 céntimos.
- LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS** Por Ricardo Mella.—1 peseta.
- SOCIOLOGÍA ANARQUISTA** Por J. Mentseny.—75 céntimos.
- EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES** Por A. Hamon.—1 peseta.
- Conferencias populares sobre sociología.** Por A. Pellleer.—75 céntimos.
- LA PESTE RELIGIOSA** Por J. Most.—20 céntimos.
- La Sociedad, su pasado, su presente y su porvenir.** Por Emilio Z. Arana.
25 céntimos.
- EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO** Por P. Kropotkine.—20 céntimos.
- La mujer y la familia.** Por Emilio Z. Arana.—50 céntimos.
- Colección del primer año de LA REVISTA BLANCA** 4 pesetas.
- LA LEY Y LA AUTORIDAD** Por P. Kropotkine.—20 céntimos.
- La Medicina y el Proletariado.** Por Emilio Z. Arana.—30 céntimos.
- EL AMOR LIBRE** Por Carlos Albert.—2 pesetas.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 53.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Septiembre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*El tolstoísmo y el anarquismo*, por un grupo de estudiantes franceses.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.

CIENCIA Y ARTE: *La herencia psicológica*, por Ch. Ribot.—*Fisiología*, por el Dr. Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Marnol.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.

SECCION LIBRE: *El conflicto chino-europeo*, por Anselmo Lorenzo.—*Sobre educación*, por Constantino Romero.—*El estado*, por Jaime Roig.

TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre faras y brezos*, por Aurelio Muñoz.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCION DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL SEGUNDO CAPÍTULO)

Dos principios existen en todas las cosas, dice la religión china: el reposo y el movimiento. El reposo es pesado, tangible, frío, obscuro y obtuso; es la hembra. El movimiento es sutil, intangible, calórico, luz é inteligencia; es el macho. Desde el principio de las cosas unidos estuvieron el movimiento y el reposo, hasta que un día se separaron. El movimiento subió y formó el cielo; el reposo bajó y formó la tierra. Unidos más tarde el cielo y la tierra, poblaron á ésta de todo lo que en ella existe. La tierra dió forma á los seres corpóreos y corruptos. El cielo les dió la vida y la inteligencia incorruptible é imperecedera.

Cuando un ser muere, hombre ó animal, su parte material vuelve á la tierra; su parte inmaterial vuela hacia el cielo.

La metafísica china completa esta idea de la eternidad, diciendo:

Tao, Dios, es un principio inagotable, eterno, que no puede ser nombrado, porque, si se le nombrase, existiría, y Tao existe sin existir; es una forma sin forma, y una imagen sin imagen. Existía antes del cielo y de la tierra; circula por todas partes, y puede ser considerado como el creador del Universo.

El filósofo, metafísico, teólogo, ó como quiera llamárselo, Laotse, que nació seiscientos años antes de Jesucristo, dice de Tao: «Le miráis y no le veis; es incoloro. Queréis tocarlo y no podéis; es incorpóreo.»

«Todas las cosas han nacido del ser, y el ser ha nacido del no ser. (La idea del Padre Eterno) Tao, ha producido uno, uno ha producido dos, dos han producido tres, y tres han producido todas las cosas.» (Tres, como en la religión india, y tres, como en la cristiana.)

Cincuenta años después de haber muerto Laotse nació Confucio. Su filosofía abar-

ca la moral y la política, y á esto debe principalmente la gran influencia, superior á toda comparación, que ejerció entre los suyos.

Confucio es racionalista por la índole mundana y terrenal de su doctrina: «No exijo de los hombres más de lo que es necesario exigir, dice. No enseño más de lo que son capaces de aprender. Ni añado ni quito nada á las doctrinas de los antiguos sabios, ni á la práctica universal de nuestros antepasados. Desde los tiempos más remotos observaron las tres leyes fundamentales de la relación entre el soberano y los súbditos, entre los padres y los hijos, entre el esposo y la esposa, y las cinco virtudes, que basta enumerar, para convencerse de la necesidad de su ejercicio: la *humanidad*, esto es, esa caridad universal entre todos los de nuestra especie, sin distinción; la *justicia*, que da á cada uno lo que es suyo, sin favorecer más á uno que á otro; la *conformidad*, con las ceremonias y los usos establecidos, á fin de que, los que vivan juntos, tengan la misma manera de sentir, y participen de las mismas ventajas y de los mismos inconvenientes; la *rectitud*, esto es, una rectitud de espíritu y de corazón, que hace que se busque en todo la verdad, y que se le ame sin engañarnos á nosotros mismos ni á los demás; en fin, la *sinceridad* y la *buena fe*, esto es, esa franqueza, esa verdad de corazón acompañada de confianza, que excluye todo fingimiento y disimulo, así de obras como de palabras. He aquí lo que ha hecho respetables durante su vida á nuestros primeros maestros y ha inmortalizado sus nombres. Tomémosles por modelos, y dirijamos todos nuestros esfuerzos á imitarlos.»

«La filosofía [verdaderamente práctica consiste en desenvolver y hacer brillar el principio luminoso de la razón, la ley constitutiva que el cielo ha puesto en cada ser para cumplir ordenadamente su destino. La ley del deber lo es todo, encierra en sí su causa y su fin. Es eterna, igual para todos, accesible á los más humildes, y superior á toda sabiduría. Es un Océano sin orillas. Por su elevación toca al cielo. Si por la mañana habéis oído la voz de la razón celeste, por la tarde podéis morir.»

En política—dice Confucio—que el arte de gobernar es una parte de la moral. Gobierno es lo justo para Confucio. El rey ha de ser respetado á condición de poseer todos los talentos y todas las virtudes.

Al revés de Jesucristo, que nunca habla de política, Confucio hace siempre política, cuidando, no obstante, á pesar de su fondo sincero y moral, que no puede negarsele, de defender la casta de los amos y de los superhombres.

«Entre los chinos—dice—, no hay más que dos clases, tan necesaria la una como la otra. Los unos trabajan con su inteligencia, los otros con sus brazos; los primeros gobiernan á los segundos, que son los que los alimentan.»

El cuento del sabio y el necio. En pago de dirigir á los pobres, éstos han de trabajar por los sabios. Nunca olvidan los filósofos su papel de pastores.

Ya Laoise había dicho, sesenta ó setenta años antes: «El sabio estudia en hacer al pueblo ignorante y exento de deseos.» Es decir, para cumplir con su deber el elegido ha de procurar que el pueblo sea un rebaño sin aspiraciones. En ello funda el sabio su influencia.

Al leer las doctrinas de Confucio, uno se pregunta qué es lo que hemos adelantado en filosofía. En cuanto á religión, nuestros lectores podrán verlo. Pensamientos iguales han engendrado uno y otro ideal, y en todas partes el origen de la filosofía ha sido el afán por explicar lo que no se comprende, y el de la religión el temor que en los primeros hombres causó la grandiosidad de la naturaleza.

Hay que adorar á los dioses—se dijeron—, porque si no, su ira caerá sobre nuestras cabezas, y vinieron los ritos.

Es preciso conocer el por qué de las cosas, y vino la metafísica. Dos ideales que á medida que se engrandecían, esclavizaban más á los hombres, porque ganaban terreno en bien del principio que les dió el ser: de la ignorancia sobre las causas y los efectos, y hoy mismo estaríamos en disposición de crearnos dioses, y, por consiguiente, de crearnos sacerdotes, amos, pastores, sabios, si perdiéramos la noción de las Ciencias Naturales y sus derivadas. El hombre necesariamente ha de explicarse todo lo que le rodea. Si es ignorante, se lo explica atribuyéndolo á uno ó á varios seres sobrenaturales; si es instruido, encuentra la explicación en las leyes que rigen en la materia. Y así como hay una ignorancia inconsciente, atávica, en el hombre instruido, sucesor de generaciones ignorantes, hay también una instrucción inconsciente, atávica, en el hombre ignorante, sucesor de generaciones sabias. Así nos explicamos la torpeza de gentes que han frecuentado las Universidades, y la inteligencia que demuestran bastantes que no conocen el abecedario.

**

La religión y la filosofía persa tienen un sabor más occidental y más moderno que las de la India y la China. Manifiestan que nos acercamos á Grecia por el tiempo y el sitio en que se desarrollan. En la civilización persa encuéntrase el germen bien definido de la sabiduría gentilica y de la religión cristiana.

El principio del mal no nació hasta que el principio del bien creó al mundo. Nació como la sombra sigue á la luz, como lo imaginario sigue á lo real. Por eso á cada creación aparece una contracreación. Seis demonios siguen á los seis santos inmortales (Luzbel y sus secuaces rebelándose en el cielo). Empezó la lucha entre el bien y el mal; los espíritus amables y sinceros contra los adustos y embusteros. Frente á los ríos, las fuentes, la tierra cultivada, los animales mansos, existen los desiertos, los eriales, las plantas nocivas, los animales fieros: la vida y la muerte, la lucha. Pero ésta no es eterna. Tres mil años después de Zoroastro, un profeta elegido por Dios para regenerar al mundo, nacerá el Salvador del universo de modo sobrenatural. El día del juicio final resucitarán los muertos, y los justos serán llevados al Paraíso por tres días, y los malos serán lanzados al Infierno por tres días también. Pasados ellos todo arderá; las montañas se fundirán; ríos de metal fundido recorrerán la tierra. Por estos ríos habrán de pasar los hombres; los malos se quemarán, y los buenos no hallarán pena alguna. Con el fuego todo se purifica y, lo que no lo fuere, desaparecerá de la tierra. Entonces los hombres gozarán la dicha de ver y vivir en la mansión de Dios.

El mundo, según la religión persa, fué creado por Dios *en seis épocas*, en cada una de las cuales creó cosas diferentes: el sol, la luna, las estrellas, los animales, etc. Creado que hubo Dios el mundo, formó á Meschia y á Mechiani, y les dijo: He ahí vuestra morada, señalándoles la tierra. En aquel paraíso vivieron felices las dos primeras personas, hasta que se les presentó el demonio disfrazado de serpiente, logrando de aquéllas que le adorasen, por cuyo pecado los descendientes de Meschia y Mechiani quedaron bajo el imperio del demonio, del cual vino á emanciparles la revelación de Zoroastro.

No perderemos el tiempo señalando la semejanza que hay entre esa cosmografía y la de Moisés. La simple lectura habrá bastado para que el lector la note.

Referente á Zoroastro, la leyenda dice lo siguiente:

A los treinta años se presentó á Dios, y le dijo: Deseo conocer el nombre y fun-

ción de cada uno de los ángeles; naturaleza, substancia y atributos del principio del mal. Dios le hizo atravesar una montaña de llamas; mandó que le abrieran el vientre y le echaran en él metal fundido; Zoroastro no sintió dolor alguno. Entonces Dios le entregó el libro de las leyes y le envió á la tierra para que las predicara. Fué á Bactriana, donde reinaba á la sazón Vitaspa. Allí desafió á los sabios, que anduvieron con Zoroastro tres días en controversia. Treinta sabios á la derecha, y otros tantos á la izquierda, á todos dejó el profeta humillados y confundidos y con la boca abierta. Entonces Zoroastro declaró que era el enviado por Dios para redimir á la humanidad del pecado original, y leyó á los sabios el libro de las leyes que Dios le había entregado. Vitaspa puso sus ojos encima del libro de las leyes; los sabios continuaron combatiendo la doctrina del Mesías; éste anduvo de Ceca en Meca predicando la buena nueva, hasta que, victorioso y adorado por su santidad, un rayo le dejó seco.

* *

La filosofía persa tiene tanto de gentilica como de cristiana tiene su religión. Se divide en tres grupos: idealista, materialista y racionalista. Para la primera, Dios es el ser universal, la substancia única. De su seno salió Azad Bahman, la inteligencia pura. De ésta dimanar los ángeles y los genios, los cuales dan vida á los astros y á los hombres, á los animales y á las plantas. Las almas vienen de las diferentes regiones siderales: unas del sol, otras de las estrellas. Suben hasta las capas superiores del cielo las que van ganando en bondad; bajan hasta la tierra las que la van perdiendo. Las estrellas pierden su brillo ante el sol, así lo pierden las almas ante Dios, sol de las almas. Estas se anonadan, y se anonadan por grados. Primero, uniéndose con Dios en estado de sueño; segundo, haciendo lo mismo en estado de vela; tercero, por medio del éxtasis. En cuarto grado el alma está anonadada; entonces se encuentra en el cielo.

Bienaventurados los mansos, podríamos exclamar nosotros.

Para la segunda, no hay otro Dios que la fuerza, la cual obra sobre todos los elementos. Dios es el fuego que devora, el viento que troncha, el agua que devasta. Está en todas partes; no tiene forma, ó, mejor dicho, toma todas las formas.

Paikar cree que el principio de las cosas es el fuego; Alar, que es el agua.

Filósofos como Akhschi dicen que el bien y el mal no tiene existencia absoluta, existen sólo en nuestra imaginación; es lícito todo lo que se siente, hasta el adulterio, si el marido lo consiente.

Madzak, exclama: «Los bienes y las mujeres deben ser comunes, como el fuego, el agua y las plantas de la tierra.»

Para la tercera, las pasiones son el resultado de una lucha entre el espíritu y la materia, entre el alma y el cuerpo, y en esta lucha el espíritu ha de vencer. Los demonios nos excitan las pasiones, los ángeles las aplacan; aquéllos engendran apetitos sexuales, éstos nos quitan todo deseo.

* *

Como se ve, hay un verdadero contacto, y hasta una verdadera evolución en las religiones y filosofías que hemos estudiado más ó menos detenidamente. Se observan tres caracteres distintivos y bien definidos: la india, en exceso idealista, metafísica; la china, sobradamente retórica y legislativa; la persa da á las pasiones una intervención importante. Quizá en esto consiste que haya ganado el nombre de moral y de práctica. En cuanto á las religiones, basta la simple lectura, sin meditación ni comparación alguna, para hallarles analogía. Por eso rehusamos señalarla.

Dícese, y podríamos repetir nosotros en este momento si quisiéramos alcanzar el

beneplácito de los pensadores oficiales, que no hay religión ni filosofía sin fondo moral. Este sería el calificativo que diera un filósofo religioso a todas las religiones y filosofías; pero aquellos que no admiten otra moral ni otro bien que la libertad y las satisfacciones que sienten los humanos, cualquiera que sea su clase, han de decir que todas las filosofías y religiones pasadas y presentes han sido y son con exceso inmorales, porque todas cultivan el superhombre, el predominio del intelectualismo, del sacerdocio y del espíritu en perjuicio del pueblo y de los atributos materiales del individuo. No ha habido una religión ni una filosofía humanas; ha habido una religión y una filosofía de clase. Todas han servido para distinguir unos hombres de otros; aquí y allí, hoy y ayer, el nombre de sabio y el de sacerdote ha sido sinónimo de privilegiado. Se ha carecido de una filosofía moral, porque se ha carecido de un ideal que respete al hombre tal cual la naturaleza lo constituye. Al fin y al cabo lo que se han propuesto los filósofos de todos los tiempos, de todos los países y de todos los ideales, es distinguir una clase de las demás, en perjuicio del resto de la humanidad.

La filosofía, al erigirse sobre las condiciones materiales del hombre, al crear facultades espirituales, que no todos los humanos poseemos en igual grado, como no sentimos con igual intensidad las pasiones, sin que los más vehementes hayan solicitado privilegios por su fuerza pasional, como lo solicitan los filósofos por su fuerza cerebral, ha causado grave daño a las humanidades; porque de aquella pretensión ha surgido la casta de los elegidos, la cual, para subsistir, ha tenido necesidad de establecer categorías intelectuales de la misma manera y con igual injusticia con que las inteligencias mercantiles y guerreras han establecido categorías económicas para perpetuar el privilegio en su favor.

FEDERICO URALES.

EL TOLSTOISMO Y EL ANARQUISMO

(Continuación.)

Esta sociedad amorfa que pide Tolstoi es actualmente irrealizable. Como dice M. Gide: Tolstoi pide una cosa imposible, tan imposible como volverse niño.

Por otra parte, ¿dificultan la marcha de los principios comunistas la división del trabajo y las otras ventajas de la civilización? Como Grave hace notar muy bien, todas estas cosas, que ahora sirven para la mutua explotación de los hombres, formarán más tarde estrechos lazos entre ellos. En una sociedad libre en que exista la división del trabajo, el hombre buscará a su semejante por interés propio. El trabajo aislado se hace cada día más improductivo, en comparación con el trabajo en común; acabará por desaparecer en absoluto, y el hombre no podrá prescindir del hombre. Así podrá fundarse una sociedad comunista, no por una regresión al pasado, sino por un progreso sobre el presente.

Tolstoi quiere formar la sociedad sin autoridad ni ley. Considera los principios de obligación y de sanción como derivados del principio de lucha. Quiere suprimir la lucha por el amor. En todo esto coincidimos; pero le combatimos cuando creas alcanzar este fin por la disminución del individuo. Como hemos visto en todo lo que pre-

cede, quiere formar resignados, pobres de espíritu, sufridos; creemos, al contrario, que, para realizar la sociedad ideal, es preciso fortificar los individuos y formar hombres fuertes, inteligentes y felices. Creemos con el que, si comprende el verdadero bien, debe tender el individuo á la paz con los ojos; pero creemos que al hacerlo no se suprime.

Tolstoi quiere acercarse á Schopenhauer. Para éste la voluntad, una vez consciente, se suicida por amor. Nosotros nos acercamos más bien á Guyau, cuando dice que la vida, una vez consciente, se intensifica por el amor.

El individuo se expone siempre por su felicidad ó por la de los otros, que fácilmente puede reducirse á la suya. El hombre, en sus mayores aficiones, afirma la alegría de vivir. Una sociedad sin obligación ni sanción puede nacer del altruismo, del amor, que es una expansión, y no una mutilación del individuo.

En todo encontramos el error principal del tolstoísmo: la separación artificial, introducida entre la vida superior y la vida inferior, que Tolstoi llama también la vida racional ó la vida irracional. Si hubiese notado que ni la vida racional es desinteresada por completo, ni la vida animal es egoísta del todo, hubiera visto, quizás, el absurdo de esta solución de continuidad que introduce en el seno de la naturaleza humana.

Hemos insistido en las páginas precedentes en mostrar lo que separa á Tolstoi de los anarquistas, convencidos de que las relaciones entre el tolstoísmo y el anarquismo son suficientemente visibles por sí mismas. No obstante, quizás sería útil indicar el precioso concurso que la lectura de las obras de Tolstoi puede prestar á la propaganda anárquico-comunista.

Desde luego Tolstoi será muy útil contra aquellos reaccionarios que fundan sus convicciones en la moral cristiana, ó que se tienen por tal (pues Tolstoi les niega este título). Pone admirablemente de manifiesto las contradicciones de esta moral. Mejor que nadie puede hacer reflexionar á los creyentes (si los creyentes pueden reflexionar) acerca de la legitimidad de nuestras instituciones, del servicio militar, de la justicia, del Estado, hasta de la Iglesia, y quizás, si fuese posible, sobre lo que hay de infantil en los dogmas de la religión y de contradictorio con la moral del amor.

Será también muy útil contra los que, emancipados de los principios religiosos, defienden el actual estado de cosas en nombre de la lucha por la existencia y de la razón del más fuerte. Les mostrará, con una evidencia capaz de desconcertar á los más endurecidos, que el individuo egoísta no existe realmente; que su vida, en oposición con la de todo el universo, no tiene ninguna significación; que es un ser incompleto, condenado á no sentir alegría jamás; que, sin el socorro de los hombres, no puede ser dichoso; que, sin el amor, no puede ser hombre. Aun entre los revolucionarios hay una categoría de personas, que se llaman *individualistas*, que proclaman la excelencia del estado natural, odian la sociedad, y viven en la admiración del individuo solitario. Creen con los peores reaccionarios que anarquía quiere decir desorden, mientras que nosotros creemos que la anarquía necesita el orden en el trabajo y en la paz. A éstos se aplica lo que acabamos de decir. Pero, además, podrá demostrar Tolstoi que, por el amor, y no por el egoísmo, por la solidaridad y estimación recíproca, y no por el aislamiento y el desdén, es posible fundar una sociedad sin rivalidades y sin luchas, y, por consiguiente, sin autoridad ni ley coercitiva. Les patentizará que sus principios no conducen á la sociedad libre que nosotros deseamos, sino á las sociedades bárbaras y autoritarias de los tiempos pasados.

Hay una clase de socialistas que, pretendiendo falsamente apoyarse en las teorías de Marx, y en virtud de lo que llaman «el materialismo histórico», confunden el determinismo, que emana de la evolución de la sociedad, con el fatalismo de las transformaciones de sus condiciones exteriores. Sólo quieren ver la evolución del capital; nunca la de las ideas. Se admirarían mucho si se les hablara de la necesidad de una moral socialista. Así, a pesar suyo, viven muy a menudo con los principios de la moral burguesa. A esos puede enseñarles Tolstoi que el factor moral del progreso social es tan importante como el factor económico; que si no supiésemos formar sus individuos, no tendríamos nunca la sociedad ideal, y el capital evolucionaría en vano. Les enseñará, en fin, que es preciso ocuparse del momento presente, que es preciso, desde ahora y en la medida de lo posible, vivir según nuestras ideas.

Insiste así constantemente en la necesidad de formarse convicciones y de arreglar a ellas su vida personal, y aunque su ideal social no sea el nuestro (ó, mejor dicho, aunque carezca de ideal social determinado) este elemento de su doctrina nos ha de inspirar una gran simpatía.

En resumen: creemos que la propaganda de Tolstoi tiene una utilidad rica indiscutible, sobre todo cuando ataca con vigor el militarismo y el Estado.

Pero presenta, á nuestro entender, grandes peligros. Tolstoi, que no tiene ideal social, que no preconiza medio alguno de mejorar el estado actual, apartará, sin duda, los espíritus del movimiento social y de todo lo que constituye el socialismo.

En el perfeccionamiento del individuo ve el objetivo final. Y nosotros entendemos se obtiene el perfeccionamiento tomando parte, sobre todo, en el movimiento, mejor que dedicándose únicamente á cultivar su propia moralidad y haciendo obra individual de asceta.

Tolstoi, que critica con tanta aspereza y vigor los prejuicios y las instituciones, hace una propaganda que aleja del socialismo, que aleja de la revolución. Es, quizás, un excelente cristiano de la Iglesia primitiva; es, ciertamente, un gran escritor y pensador; pero en ningún caso es un anarquista comunista y revolucionario.

UN GRUPO DE ESTUDIANTES FRANCESES.

(Traducción de Pedro Corominas.)

(De *L' Humanité Nouvelle*.)

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

CAPÍTULO XV

Organización y agrupaciones.

Los anarquistas y la organización.—Libre inteligencia.—La asociación es necesaria al desarrollo del hombre.—Coordinación no es disciplina.—Tendencia al retroceso.—Peligros de los grupos.—Enredos policíacos.—La actividad se fortalece en los grupos.—Propaganda individual.—Tareas para las que se debe agrupar.—Utilidad de conocerse entre compañeros de lucha.

Antes de entrar en la discusión de ciertos puntos de propaganda, bastante de moda entre los anarquistas, bueno será, para los desconocedores del ideal, tratar de la organización, asunto que ya he tratado en la *Sociedad futura*, y sobre la cual vuelvo aquí por ser cuestión de procedimientos.

«Los anarquistas no quieren organización», oímos decir con bastante frecuencia. «Los anarquistas son unos locos que no quieren hacer más que lo que mejor les parece, sin ocuparse para nada de lo que hacen los demás.»

Es preciso decir que más de un anarquista, cuyo fuerte no es razonar, ha podido alguna vez, en la tribuna ó en las numerosas hojas efímeras que son un vano esfuerzo, y que sólo viven algunas semanas, dar cuerpo á esa concepción de la anarquía, con afirmaciones más ó menos fantásticas para los mismos que siempre han tenido interés en desfigurar la idea y convertir tan gratuita afirmación nada menos que en credo del ideal.

Los unos porque confunden la organización con la autoridad, los otros porque invocan el individualismo puro, les parece que sería alienar su libertad si se pudiera decir que los anarquistas están organizados, y protestan casi indignados cuando se les habla de agrupaciones y de organización. Lo cual no impide el que unos y otros se unen con los demás camaradas y trabajan en común cuando tratan de realizar actos en los cuales están de acuerdo.

«Eso no es organización», nos replican cuando les hacemos observar la contradicción en que incurren los más recalcitrantes enemigos de la organización; «eso es libre inteligencia», sin fijarse, naturalmente, en que libre inteligencia, organización, no son sino diferentes palabras para designar una misma cosa. Lo que sucede es que á fuerza de discutir sobre palabras, se acaba por caer en la metafísica, y esto es un mal que amenaza con confundirlo todo en las discusiones de teorías. Las cuestiones más sencillas se embrollan á veces con la mejor buena voluntad.

* * *

Hay, sin embargo, un hecho cierto, y es el siguiente: Dada la vida del hombre, su desarrollo moral, intelectual é industrial, no puede efectuarse si no es en sociedad; la vuelta al estado primitivo en familia ó grupo sin relación con las demás familias y grupos, sería un salto inmenso hacia atrás, una decadencia para el individuo.

No obstante, no creemos que sea una necesidad formar grandes aglomeraciones como nuestras ciudades actuales. Los individuos podrán, según nuestra creencia, diseminarse por toda la superficie de la tierra y formar pequeñas agrupaciones autónomas que habrán de estar en perpetua é íntima relación entre sí para el cambio de productos de su actividad y la difusión de sus ideas.

La asociación es una necesidad intelectual para el hombre, porque para desarrollar su cerebro le es necesario cambiar sus ideas con los demás, y una necesidad material, porque para poner en funciones los grandes instrumentos de explotación, es preciso el concurso de muchos.

Reducir el tiempo necesario para la producción de objetos indispensables á la satisfacción de nuestras necesidades materiales; aumentar el consagrado al estudio, la observación ó al goce; hacer que el trabajo necesario no sea más que una necesidad higiénica y no una dolorosa fatalidad, como lo es actualmente, es la tendencia de la evolución humana, y á ella nos conduce la asociación.

Por eso cada vez que un ser humano quiere hacer alguna obra, siente la necesidad de asociar sus esfuerzos á los de otros seres que como él piensan, para dar á su trabajo la mayor extensión posible. Y esto precisamente se ven obligados á hacer los que combaten las agrupaciones, aunque digan lo que quieran en contra.

Pero para que el esfuerzo común, cuyo objeto es producir lo más posible, llegue á la finalidad de emancipación que se persigue, es preciso coordinarlo en la acción

colectiva, ocupando cada uno el puesto que le corresponda ó le parezca más apropiado á su espontánea actividad.

Que esto se llame organización ó libre acuerdo, poco importa con tal de llegar adonde se quiere. Ya lo hemos dicho varias veces y lo repetimos ahora: no debemos discutir lo que las palabras dicen, sino lo que ellas ocultan.

* *

Debemos declarar, sin embargo, que el temor de algunos á verse englobados en una organización autoritaria, ha sido muchas veces justificado por la tendencia de no pocos organizadores á centralizar los esfuerzos, creyendo, equivocadamente, hacerlos más eficaces encauzándolos en una dirección única.

Estamos tan poco libres aún de la rutina y de las viejas fórmulas, que cada vez que hemos ensayado alguna clase de agrupación, hemos visto surgir la idea de vastas federaciones, con comités centrales, programa común y otras jerigonzas autoritarias que se creían haber transformado porque se había cambiado el nombre á la cosa. A falta de espíritu de iniciativa que debe desarrollarse mucho todavía para ser lo que las ideas exigen, los anarquistas, con su odio á la autoridad y el temor de regimenterse á pesar suyo, han sabido evitar el peligro de las organizaciones autoritarias, y por eso todas las tentativas han fracasado. Mas como todas las medallas tienen su reverso, se ha caído en el exceso contrario.

Después de cierto período de actividad, los grupos se desunieron, y cuando mayor era el número de anarquistas, menos eran los grupos, y los que no se descomponían ó se formaban, eran menos activos que antes.

Es preciso decir también que las persecuciones policiacas han contribuido poderosamente á desorganizar los grupos; tener ante sí la perspectiva de que tan pronto como seas conocido por anarquista, tendrás en pos de ti á esos antipáticos soplones, inquiriendo por medio de vuestros vecinos y hasta por vuestro burgués quiénes sois, lo que hacéis, qué gentes frecuentan vuestra casa, y además estar expuestos á persecuciones y molestias, es cosa que no entusiasma á nadie. Esto sin contar las vejaciones á que uno se expone en las pequeñas poblaciones donde la arbitrariedad y el antagonismo pueden reducir á uno á la más negra miseria.

Otra cosa también ha contribuido al fracaso de los grupos, y es la creencia de muchos anarquistas en una realización inmediata de todas sus concepciones, en una transformación mágica del estado actual, no queriendo emplear sus fuerzas sino en grandes, en colosales empresas, menospreciando pequeños detalles que pueden hacerse sin esfuerzo y que facilitan poderosamente la realización de empresas importantes.

Pero si los grupos no han podido sostenerse, es porque no han sabido alimentar la actividad de cada uno de sus individuos.

* *

Cualquiera que sea el estado de convicción de un hombre, necesita ver otros individuos que piensen como él, discutir con ellos y ponerse al corriente de lo que se dice y se hace. En la discusión y la controversia se hallan argumentos nuevos y se saca el entusiasmo para obras.

Por muy activos que seamos, nuestra actividad necesita reanimarse con la de los demás; el grupo de hombres reunido por un común ideal, fortalece el espíritu, hace ver las cosas con más claridad y entusiasmo, y da brío para emprender trabajos que individualmente ni se conciben ni se realizan.

Además, ¿qué es la convicción sin la acción?

Está muy bien el emanciparse de los prejuicios, el abominar de la autoridad y la explotación; pero es preciso saber que ni una ni otra caerán sino por la lucha; es preciso, por consecuencia, que los que así han llegado á comprenderlo, lleven su convicción á los demás hombres.

Esto, como es natural, puede hacerse y se hace individualmente; es una tarea que tiene tanta importancia que no debe discutirse ni mirarse con indiferencia.

Para que una idea progrese, es preciso una actividad general cuya propaganda traduzca en hechos exteriores sus principios teóricos.

Con frecuencia las actividades unidas producen mucho más que separadas, y para eso es preciso unir todas las buenas voluntades.

Además, para formar grupos de propaganda, no es necesario hacerse conocer ni hacer públicas convocatorias.

Sin asociaciones secretas nada puede impedir que unos cuantos compañeros que se conozcan se reúnan, discutan juntos y hagan actos de propaganda pública sin necesidad de darse todos á conocer. En cada grupo de esta naturaleza siempre se halla uno que, más independiente que los demás, puede encargarse de efectuar cuantas gestiones convienen y en las que es preciso darse á conocer.

El trabajo no falta. La propaganda del ideal en todos los actos de la vida social, da materia suficiente para toda actividad.

Lo esencial no es el número; más que el número es conveniente que los compañeros estén de acuerdo sobre lo que hacen y tengan el propósito decidido de trabajar para realizarlo, cualquiera que sea el tiempo y la paciencia que necesite; porque lo que más falta en los individuos es, además del espíritu de iniciativa, la persistencia y la continuidad.

Cuando se decide trabajar en cualquier cosa, quisieran verla realizada inmediatamente. A veces se desalientan cuando se convencen de que para llevar á feliz término una empresa, con frecuencia baladí, se necesita una porción de años, no teniendo en cuenta que, como La Fontaine ha dicho, el tiempo y la paciencia suplen con ventaja los medios de que carecemos.

Además de lo que los hombres pueden hacer trabajando unidos, tiene el grupo la ventaja de que en él se conocen, se aumenta el afecto y se estrechan las relaciones. Así ha sucedido, y esto puede suceder nuevamente, que durante los incidentes de la cuestión Dreyfus, un puñado de escandalosos y cobardes como los de la *Liga de los patriotas*, se hicieron durante algunos días los dueños de la calle. Organizados y divididos en brigada se conocían entre ellos, distinguiendo perfectamente quién no era de los suyos, mientras que los revolucionarios, confundidos y aislados en la multitud, no se conocían ni osaban menearse, cuando de haber ido juntos hubieran podido trabajar con provecho.

Cada grupo puede tener una finalidad determinada y la actividad del individuo dedicarse á varios objetos á la vez; así un libertario puede formar parte de varios grupos hasta establecer una cadena no interrumpida entre los seres humanos que luchan y se agitan en las cuestiones sociales.

Enumerar los actos de propaganda por los cuales los grupos pueden formarse, es materialmente imposible; sólo la actividad individual puede determinarlos y hasta crearlos.

Citaremos, sin embargo, los más corrientes: Aportar socorros á las familias vícti-

mas de la persecución; publicar folletos y periódicos; apoyar á los que ya existen; organizar conferencias, y fundar bibliotecas para poner en circulación cuantos libros, periódicos y folletos se han escrito en defensa de nuestro ideal. Además, la agrupación es útil hasta para nuestra propia personalidad. El mal estado de nuestros recursos no nos permite con frecuencia ni el placer de comprar un periódico, y agrupados, se puede leer con más facilidad todo cuanto se publica, obligándose á una pequeña cotización; esto aparte de que una vez adquirida la costumbre de verse, relacionarse y discutir, surgen á cada momento nuevas iniciativas que exigen actividad y hacen que los individuos se mezclen más en el movimiento. Formar grupos con el objeto de comprar libros y folletos para cederlos á las bibliotecas públicas, no es finalidad despreciable. Esto por lo que se refiere á la difusión de nuestras ideas.

Hay además otra finalidad, la de transformar nuestro modo de ser y del medio ambiente en que vivimos. Muchas cosas que nos parecen imposibles hoy, podríamos destruirlas mañana por los procedimientos enunciados; prejuicios é instituciones que creemos indestructibles, caerían para siempre impelidas por nuestra constancia y actividad.

No pagar los alquileres ni los impuestos, no formar parte del ejército, no respetar el estado civil... y qué sé yo cuántas cosas más...

Lo que necesitamos es voluntad para obrar; cuando tengamos ésta, con la firmeza que la lucha requiere, no tendremos otro obstáculo que el de elegir la dirección que debamos dar á nuestra actividad.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)



CIENCIA Y ARTE

LA HERENCIA PSICOLOGICA

PREFACIO DE LA QUINTA EDICIÓN

Desde la época en que compuse la primera edición de esta obra (1871-1872), la cuestión de la herencia ha tomado una importancia cada vez mayor, y aun cuando la mayor parte de los trabajos que con ella se relacionan pertenecen á la fisiología, las dos formas de la herencia—orgánica y mental—están tan íntimamente ligadas, que quizás no haya investigación alguna de los biólogos que carezca de interés para el psicólogo.

Entre todas las teorías recientes, la más importante, y la que está más en boga, es la de Weismann sobre los caracteres *adquiridos*. «Las cualidades adquiridas por el individuo, ¿pueden transmitirse á sus descendientes y quedar fijadas por la herencia?» Tal es la cuestión cuyo interés es todavía más práctico que especulativo. Es evidente, en efecto, que si se adopta la afirmativa, el poder de la herencia llega á ser casi igual á una creación; y que, si se opta por la negativa, su papel se reduce á conservar y no puede ni enriquecer ni empobrecer.

En la historia de esta cuestión se pueden distinguir dos períodos. Uno, que comienza con Lamarck y que encuentra su más completa expresión en los grandes evolucionistas de este siglo, Darwin, Spencer, Hæckel y sus discípulos. Otro, que comienza con Galton (hacia 1875) y se afirma con Wallace y sobre todo con Weismann y sus partidarios. Cada una de ambas escuelas aduce hechos y razonamientos.

La primera se apoya en el principio de Lamarck, que resume su espíritu: «Todo lo que la naturaleza hace adquirir ó perder á los individuos es conservado por la herencia.» Platt Ball en un libro reciente (1) ha reducido á veintidós grupos los casos invocados por los partidarios de la afirmativa, de la cual por lo demás es adversario declarado (atrofia de los órganos inútiles, reducción de las mandíbulas en las razas civilizadas, ceguera de los crustáceos que habitan las cavernas, miopía de los grabadores y de los relojeros, hábitos hereditarios, domesticidad, instintos adquiridos ó perdidos, inferioridad de los sentidos en los europeos, transmisión de los desórdenes nerviosos y de la locura, etc.). Me remito, para los pormenores, á su obra; pero como la tesis de la transmisión está admitida y aceptada en todo el curso de esta obra y en ella se encontrarán abundantes hechos en su apoyo, me parece preferible, para instrucción del lector, insistir aquí sobre otro aspecto de la cuestión, exponiendo las razones y objeciones de los partidarios de la negativa.

Nadie pone en duda que una teoría de la herencia supone un conocimiento previo de las leyes de la fecundación, so pena de quedar reducida á una hipótesis sin valor. La ventaja de Weismann está en apoyarse sobre los últimos resultados de la embriología, que él interpreta á su manera, para reducirlos á esta proposición fundamental: existe una diferencia esencial entre las células «germinativas» que representan la continuidad de la especie y las células «somáticas» de que se deriva el individuo. Toda modificación de las segundas carece de influjo alguno sobre las primeras.

Debemos indicar su punto de partida por general que sea. Según él la muerte no es una consecuencia necesaria de la vida. Los seres unicelulares ó protozoarios son inmortales, salvo por accidente; «su vida puede continuarse indefinidamente, si no vienen circunstancias exteriores á suspender el movimiento comenzado» (2). Estos organismos, en efecto, se producen por división; cuando un protozoario ha adquirido cierto tamaño se divide, produciendo así dos ó más seres, cada uno de los cuales no es más que la continuación del ser primitivo; la continuidad del protoplasma es, pues, así indefinida, y se comprueba materialmente por un proceso visible ó tangible. Esta «inmortalidad del protoplasma», ¿no tiene límites? Parece que sí, diga lo que quiera Weismann; las investigaciones de Mæupas prueban lo contrario. Al cabo de un gran número de generaciones se hace necesario un rejuvenecimiento y, si no se produce una conjunción entre dos células, viene fatalmente la degeneración.

En los organismos pluricelulares ó metazoarios, la muerte aparece porque están compuestos de dos especies de células, que hemos llamado antes germinativas y somáticas. Las germinativas se reproducen por divisiones sucesivas, como los protozoarios de que directamente se derivan y son, como ellos, inmortales. La única diferencia está en que aquéllos pueden dar nacimiento á elementos de dos clases; las células

(1) *Les effets de l'usage et de la désuétude sont-ils héréditaires?* Traducción del inglés por H. de Varigny. Afirma la conclusión de que esta hipótesis «no es ni necesaria, ni probada, ni probable».

(2) La teoría de Weismann está expuesta en varias Memorias traducidas al francés bajo el título de *Essais sur l'hérédité*. Acaba de publicar una nueva obra: *Das Keimplasma, eine Theorie der Vererbung*. Jena 1892.

germinativas nuevas, que son idénticas á ellos y las células somáticas que se multiplican, mueren, se suceden en número ilimitado durante la vida del individuo.

Tal es, en sus grandes rasgos, la teoría de la «continuidad del plasma germinativo». El hecho esencial es que, desde que un nuevo ser se desenvuelve, una parte de ese plasma queda en reserva para la formación de sus elementos reproductores. Esta substancia es la que, en continuidad consigo misma á través de las generaciones y siempre idéntica á sí misma, es la base de la herencia. Se encontrará en Weismann y en los autores especiales, hechos de observación embriológica, demostrativos de que en el huevo de ciertos insectos se ha podido comprobar que las primeras células sexuales que representan la generación futura se forman *antes* que el embrión, es decir, que la generación presente. «La herencia se produce, pues, porque un tejido de una constitución química y sobre todo molecular determinada se transmite de una generación á otra», y se «concentra así en el crecimiento y en el fenómeno fundamental de toda existencia, la asimilación».

No puede negarse que se ha hecho un gran abuso de la hipótesis de las modificaciones adquiridas fijadas por la herencia, á la cual se atribuye una función soberana. Así Weismann aduce, sin trabajo, hechos numerosos que la combaten; la circuncisión entre los judíos y musulmanes, la perforación de los labios y la extracción de los incisivos en varios pueblos salvajes, la sección de la cola en muchos animales domésticos, etc. Estas operaciones que hay que repetir en cada generación, aun cuando vienen practicándose hace siglos, prueban claramente que hay modificaciones adquiridas que no se fijan. Menos facilidad encuentra para discutir la transmisión de las enfermedades nerviosas y mentales, sobre las que únicamente consigue establecer distinciones con frecuencia sutiles. «Nada puede producirse en un organismo que no haya preexistido en él en estado de disposición, porque toda cualidad «adquirida» no es más que una reacción del organismo contra una excitación determinada: los caracteres adquiridos no son, por consiguiente, más que variaciones locales ó generales provocadas por influjos exteriores» (*op. cit.*, p. 167). Admite, pues, que las «predisposiciones» son transmisibles, lo cual nos parece que es abrir de nuevo la puerta á la herencia.

Aun cuando la teoría de Weismann goce por el momento de gran favor entre los naturalistas (los médicos son más bien hostiles), ya se han manifestado críticas y se ha intentado más de un esfuerzo para destruirla. En una conferencia dada en la Asociación británica, Turner ha aducido hechos que demuestran que la separación de las células reproductoras y somáticas no es absoluta ni en los animales como los hidrozorios, ni en muchos vegetales. Un pedazo de la hoja de *Begonia*, el tubérculo de la patata, pueden reproducir el ser entero; hay que admitir, pues, que el plasma germinativo no se encierra en un receptáculo bien determinado y aislado del resto del organismo. Además, ateniéndonos al hombre, «si se admite que todas las razas humanas se derivan de antepasados comunes por la continuidad del plasma germinativo, y que este plasma no ha sufrido modificación alguna de parte del organismo en la larga serie de individuos que lo han transmitido, hay que admitir que estaba dotado de un extraordinario poder de desenvolvimiento, puesto que ha producido todas las variantes de estructura física, las diferencias en la predisposición á las enfermedades, los temperamentos y caracteres de toda especie que han podido presentar todas las razas que han poblado la tierra, y que todas esas variantes debían estar contenidas en él» (Turner).

Dejando á un lado la teoría de Weismann, que no es, en definitiva, más que una hipótesis cuyo valor y duración fijará el porvenir, se ve que en la cuestión planteada no hay respuesta absoluta, si nos atenemos á los hechos. En general, las deformidades y las mutilaciones accidentales no se transmiten; nadie se extraña de que el hijo de un padre tuerto ó manco tenga dos ojos y dos brazos. La transmisión misma de las cicatrices no se funda siempre sobre pruebas bien sólidas. Pero aparte de estas modificaciones debidas á causas locales, parciales, brutales, hay las que resultan de acciones lentas, que afectan al organismo vivo en su intimidad, por la nutrición y aun por la educación. Las experiencias de los ganaderos no sirven ciertamente para debilitar la creencia en una transmisión de ciertos caracteres adquiridos.

Es inútil enumerar aquí hechos que se encontrarán en esta obra y que, á mi entender, no permiten admitir que los padres sean simples depositarios de la raza y «que la confianza actual en la herencia de ejercicio está mal colocada», aun cuando se haya abusado de ella con frecuencia.

CH. RIBOT.

FISIOLOGÍA

(CONTINUACIÓN)

La fiebre tifoidea, según todos los observadores, es el resultado de la absorción de un miasma humano; nace siempre en las grandes aglomeraciones de hombres. Un autor de los más autorizados, Griesinger (1), hace resaltar la notable diferencia etiológica que se observa entre la fiebre intermitente palúdica, enfermedad del campo, de los países incultos y de las comarcas en que la población es escasa y los vegetales abundantes, y la fiebre tifoidea, enfermedad de las ciudades y de las grandes agrupaciones humanas.

El recargo aumenta los peligros de la aglomeración por un mecanismo bien sencillo: aumentando la cantidad de miasmas emitidos por los hombres que se encuentran reunidos en un mismo local.

Un dormitorio ocupado por cuarenta personas que acaban de hacer una marcha forzada está mucho más cargado de miasmas que otro que contenga igual número de personas, pero que no hayan hecho ningún trabajo muscular. Basta para asegurarse de ello entrar en un dormitorio militar al día siguiente de una larga etapa. Tira de espaldas el olor repugnante y especial que se desprende. A despecho de todas las bromas sobre el soldado de infantería, no son los pies de los hombres fatigados los que exhalan ese olor pestilente, sino sus pulmones y su piel toda.

Ha habido muchas veces ocasión de señalar hechos acordes con esta opinión del envenenamiento del hombre por el hombre, y de ver que estas intoxicaciones por el miasma humano son tanto más graves cuanto mayor fatiga han soportado los individuos de que proviene la substancia tóxica.

En la historia de la sublevación de los cipayos en la India inglesa se lee el hecho siguiente:

Un regimiento de cipayos, después de haber sido vencido por los ingleses, em-

(1) Griesinger, *Maladies infectieuses*.

prendió la fuga; y los 800 hombres que quedaron fueron perseguidos como fieras durante tres días consecutivos. Habiendo llegado su fatiga al extremo, los infelices se refugiaron en una isla pequeña, donde se dejaron prender sin resistencia, como animales forzados. Una vez capturados, se encerró á 180 en una pieza estrecha, para esperar el momento en que habían de ser pasados por las armas. A la mañana siguiente, cuando fueron á buscarlos para la ejecución, las tres cuartas partes habían muerto. El amontonamiento en un espacio demasiado estrecho para aquellos hombres recargados había acumulado en el aire del calabozo miasmas á altas dosis, cuya absorción causó la muerte de 125 prisioneros. Los 55 restantes se vieron acometidos de accidentes febriles de carácter tifoideo, y la mayor parte sucumbieron después de treinta ó cuarenta días de enfermedad.

Al recargo hay que atribuir también la mayoría de ciertos accidentes que, por lo general, se atribuyen al calor del sol y se designan erróneamente con el nombre de *insolaciones*.

En una columna militar, de marcha en un día caluroso, se ve con frecuencia que algunos hombres caen de pronto sin conocimiento, y alguna vez mueren en el sitio. Se atribuyen generalmente estos graves accidentes al ardor del sol. En mi opinión, se necesitan dos factores para que caiga el soldado en esas marchas por caminos expuestos al sol. Este es, seguramente, uno de los factores del accidente; pero el otro, y el más importante, es el trabajo.

Hay que recordar cómo se desembaraza el cuerpo del exceso de calor que se desarrolla en él por el trabajo muscular. Sabido es que el aparato vaso-motor lleva la sangre á la piel á medida que se calienta por el trabajo; el cuerpo se enfría por radiación, tanto más de prisa, cuanto más diferencia hay entre la temperatura de su superficie exterior y la del medio ambiente, suponiendo á este medio más frío que la sangre, como sucede en los climas templados. Si el aire ambiente es mucho más frío que la sangre, este líquido, á medida que llega á la piel, se enfría casi instantáneamente; si, por el contrario, la temperatura exterior es más elevada que la del organismo, la superficie cutánea, en lugar de perder el calor por radiación, lo aumenta.

A pesar de este resultado, tan desfavorable al enfriamiento de la sangre, el cuerpo, en estado de reposo, se defiende victoriosamente contra la invasión del calor exterior, gracias á la refrigeración producida por el calor que se evapora y por el vapor de agua que se escapa del pulmón; por esto se puede, sin grave peligro, permanecer algunos minutos en una estufa cuya temperatura sea mucho más alta que la del sol más ardiente. Pero si á la acción de la temperatura elevada se agrega la del ejercicio muscular, el organismo, no sólo tiene que luchar con el calor del medio ambiente, sino, además, contra el exceso del que se desarrolla en sus órganos. Se ve privado, en esta lucha desigual, del concurso del aparato vaso-motor, cuya acción es para él inútil. La sangre, arrastrada constantemente á la piel, no puede perder su calor por radiación en un ambiente más caliente que ella, y vuelve á los órganos internos, llevando casi la totalidad del calórico debido al trabajo.

Hay una diferencia muy acusada entre mi manera de comprender la insolación en nuestros países y la manera cómo se explica de ordinario. Para mí, el sol no mata al hombre dándole un exceso de calor, sino sencillamente impidiéndole deshacerse del calor interior, que se ha desarrollado con exceso. ¿Quién no ve desde luego la importancia práctica de esta distinción? El hombre que sucumbe durante una marcha forzada en pleno sol no debe atribuir su muerte al sol, sino á la marcha forzada. No

muere de insolación, sino de recargo. Por tanto, si no va recargado, el sol por sí solo no puede matarlo. No es él la causa esencial del accidente; no es más que una condición accesoria.

En nuestros climas templados no se ve jamás ningún caso de insolación mortal en los hombres expuestos a los ardores solares, cuando esos hombres no se encuentran sometidos a un trabajo fatigoso. El hombre que permanece quieto al sol de Julio, será víctima quizás de la fuerza de sus rayos, si tiene delicada la piel; podrá congestionarse su cerebro, si no lo tiene suficientemente garantido por un sombrero; podrá experimentar molestias muy varias, debidas al exceso de temperatura, un síncope, una indigestión, etc.; pero jamás accidentes mortales, a menos de haber una complicación con otra enfermedad ó con un vicio de constitución, que no tendrían nada que ver con la insolación propiamente dicha.

Los oficiales de caballería saben todos que sus hombres muy rara vez son atacados de insolación, mientras que los caballos sucumben frecuentemente a ella. En la infantería es donde se observa casi exclusivamente, con especialidad en las marchas forzadas y cuando van los hombres cargados con el peso máximo. Los oficiales de infantería, que no llevan mochila, ofrecen muchos menos casos que los soldados, y entre éstos la supuesta insolación hace sus víctimas siempre entre los que se encuentran menos acostumbrados a la fatiga. En los accidentes de insolación que se registran anualmente con ocasión de las grandes maniobras, los soldados que sucumben son siempre reclutas, que han pasado, sin preparación y sin transición, de la ociosidad muscular completa al trabajo excesivo, encontrándose, por consiguiente, en las condiciones más favorables para el desarrollo de los accidentes del recargo.

La misma comprobación se ha hecho muchas veces en los animales. Es de observación vulgar que un caballo está tanto más sujeto a ser víctima de la insolación, cuanto más cargado está de grasa y menos preparado para el trabajo diario.

Los hombres endurecidos por la fatiga, los que todos los días hacen trabajos penosos, rara vez son víctimas de los accidentes de que hablamos. Nunca se ve a un campesino morir de insolación. Nunca, sin embargo, tropa alguna ha soportado en las maniobras los ardores del sol del verano más largo tiempo que los segadores, ni con tal desprecio de toda precaución.

En resumen: el calor del sol no puede por sí sólo acarrear la muerte, salvo en los climas tórridos. Los llamados accidentes de insolación que se observan en nuestros países templados son debidos a la elevación de la temperatura de la sangre, que ha llegado hasta los 45° en los individuos que sucumben; pero esta temperatura excesiva no es el resultado del calor del sol, sino consecuencia de combustiones vitales excesivas.

Lo que mata al hombre en la llamada insolación es el recargo sufrido en malas condiciones higiénicas, no es el sol (1).

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)
(Continuará.)

(1) Cuando apareció la primera edición de mi libro, no conocía la notable publicación del Dr. Héricourt, médico mayor de ejército, sobre los *Accidentes causados por el calor*. Este trabajo, que ha aparecido en 1885, es el estudio más completo que se ha hecho sobre el asunto. Es para mí un placer dar testimonio aquí de su prioridad y de haber encontrado, en la exposición de sus ideas sobre la insolación, un argumento precioso en favor de la teoría que defiendo.

CRÓNICA CIENTÍFICA

El calor solar.—Lo que de él absorbe la tierra.—Insolaciones.—Insolaciones á la sombra.—La cuestión del agua.—Medio de descubrir la presencia de los gérmenes.—Los filtros.—El ácido fórmico.

El calor que produce el sol á cada instante es inmenso. Si ese calor se aplicara á fundir una capa de hielo que cubriera la superficie del astro luminoso, la licuaría en la proporción de un espesor de 732 metros por hora, y haría hervir por hora tres mil millones de miriámetros cúbicos de agua á la temperatura del hielo.

En otros términos: el calor emitido por el sol en una hora es igual al que engendraría la combustión de una capa de hulla de tres metros de espesor que rodease al sol por completo. La cantidad de calor solar es igual á la que produciría la combustión de una capa de hulla de 27 kilómetros de espesor.

Por grande que sea el calor irradiado por el sol, y aunque sus efectos sean muy apreciables sobre la tierra, nuestro planeta sólo recibe una mínima parte.

El estudio matemático de la radiación calorífica demuestra, en efecto, que un origen de calor dispersa su energía en todas direcciones: esta consideración permite hallar la cantidad de calor radiado anualmente por el astro central.

Supongamos una esfera hueca que rodeara al sol, cuyo centro fuera el del astro luminoso, teniendo por superficie la distancia de la tierra al sol. La sección de la tierra cortada por esta superficie, es á la superficie total, como uno es á dos mil trescientos millones; de donde se sigue que la cantidad de calor solar interceptada por la tierra es muy inferior á la millonésima parte de la irradiación total.

Aunque pequeña esta parte de calor solar que constituye nuestro lote, es verdaderamente excesiva en ciertas regiones y en determinadas épocas del año; lo prueba el número considerable de insolaciones registradas este verano, de las cuales el calor solar es una de las principales causas.

Sorprenderá acaso á los lectores saber que existe peligro de insolación, aun á la sombra, cuando se está á la orilla de un estanque ó de un lago.

He aquí cómo explica este fenómeno un físico suizo, M. Dufour:

Examinando la marcha de los rayos cuando caen sobre una superficie líquida extensa, lago ó estanque, este físico ha notado que cuando el astro está perpendicularmente al horizonte, penetran en las capas líquidas en que el calor parece absorberse; pero reflejándose como en la superficie de un espejo en cuanto el sol forma con el horizonte un ángulo más ó menos pronunciado.

Colocó M. Dufour tres termómetros encerrados en bolas huecas de cristal ennegrecido á orillas del lago de Ginebra, de modo que uno indicase solamente la temperatura del aire, el segundo la de los rayos reflejados por las aguas del lago, y el tercero calentándose bajo la doble influencia de los rayos directos y de los rayos reflejados.

Por medio de estas disposiciones, M. Dufour ha podido demostrar que el efecto de la absorción del calor por el agua aumenta con la ascensión del sol al horizonte, alcanzando su maximum cuando el astro está en el punto más cercano al cenit, á medio día por consiguiente, y disminuye progresivamente hasta el momento del ocaso. A medida que el sol se aleja del cenit, los rayos tocan la superficie del agua bajo un ángulo cada vez más agudo, y reflejados por esta superficie, como si fuera un espejo, el calor enviado de ese modo sobre un punto de la orilla, puede ser igual á unas dos terceras partes del calórico recibido directamente del sol por ese mismo punto.

Este hecho explica que pueda suceder que hallándose al abrigo de los rayos directos del sol, pero al paso de los rayos reflejados por el agua de un lago ó de un estanque, sea uno víctima de una verdadera insolación.

Además, la absorción de los rayos solares en la mitad del día, permite comprender que el paseo sobre un lago sea más agradable al medio día que á la tarde, cuando el sol está en el punto culminante de su aparente carrera diaria, el aire á la superficie del agua se encuentra bajo la influencia única de los rayos directos, mientras que después ha de añadirse á esa influencia la de los rayos reflejos.

* * *

Los microbios y sus gérmenes viven generalmente en las aguas, lo que se concibe fácilmente si se considera que los productos de todas las fermentaciones y descomposiciones van á parar al agua, por las lluvias, por las infiltraciones en el suelo, por las alcantarillas, por los pozos ó por las corrientes.

Hasta las aguas menos impuras sirven de medio de cultivo á infusorios y á algas microscópicas, inofensivos por sí mismos, pero que se vuelven peligrosos después de su muerte. Estos seres, en efecto, perecen en ciertas épocas, y cuando sobrevienen los fuertes calores, sus restos son invadidos por los gérmenes de la putrefacción, comenzando entonces la corrupción de las aguas que despiden mal olor, y forman frecuentes burbujas gaseosas.

Para descubrir la presencia de los gérmenes, cuando no se dispone de un potente microscopio, puede emplearse el procedimiento de la gelatina indicado por Koch.

La gelatina es un excelente medio de cultivo para las bacterias, la cual se licúa por esos organismos. Empléase una solución de gelatina suficientemente concentrada para que al enfriarse se cuaje rápidamente. Cada germen ó bacteria se multiplica luego al infinito, nutriéndose de la gelatina que le rodea, y al cabo de pocas horas ensancha su centro de acción hasta el punto de mostrar á simple vista un puntito blanco que crece y forma una esferita opaca que contiene un número considerable de bacterias que afectan frecuentemente diversas coloraciones.

En las circunstancias actuales es altamente conveniente cocer ó filtrar el agua destinada á la bebida, y si puede ser las dos operaciones, mejor. Encuéntrase hoy filtros al alcance de todas las bolsas, y nadie debe carecer de uno de esos aparatos, por sencillo y de poco coste que sea, porque las aguas filtradas no contienen generalmente ni microbios ni gérmenes; no olvidando, por supuesto, limpiar el filtro de tiempo en tiempo, sumergiendo en agua hirviendo la parte destinada á retener las impurezas.

Puede también emplearse, á dosis infinitesimales, el ácido fórmico, cuyas propiedades antisépticas son notables. La bacteria del heno, uno de los microbios más resistentes, puesto que sobrevive durante una hora á la acción del agua hirviendo, muere instantáneamente por este ácido.

Basta añadir á una gota de agua que contenga miles de bacterias una gota de agua conteniendo un milésimo de ácido fórmico para que los microbios sean inmediatamente destruidos. El agua así acidulada puede, pues, introducirse impunemente en las vías digestivas.

Aconsejamos, no obstante, á nuestros lectores no recurran á este último procedimiento sin consultar previamente la dosis con un médico ó un farmacéutico.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

Pasamos la mayor parte de esos tres años en la ciudad, y no estuvimos más que una vez en Nicolskoe durante dos meses.

Al fin del tercer año nos fuimos al extranjero, y permanecimos todo el estío en una ciudad de baños.

Tenía veintiún años entonces; nuestra fortuna debía estar, á mi parecer, en una situación floreciente. Yo no pedía á la vida de familia más de lo que me daba; todas las personas á quienes conocía parecían quererme; mi salud era satisfactoria; mi vestir descollaba entre los más elegantes; tenía la conciencia de mi belleza; el tiempo era admirable; me rodeaba una atmósfera de elegancia y de lujo, y me sentía muy contenta y satisfecha.

Pero mi contento no era aquella dulce alegría que disfruté al principio en Nicolskoe, cuando llevaba dentro de mí la causa de mi satisfacción, cuando reconocía que era feliz porque había merecido la felicidad, y que esa felicidad, ya tan grande, llegaría á ser más completa aún, porque yo quería que aumentase siempre, siempre... No; lo que yo sentía ahora no era nada al lado de aquella felicidad... Sin embargo, estaba contenta.

No deseaba ni esperaba más, no temía nada; me parecía completa mi vida y tenía tranquila la conciencia.

De todos los jóvenes que había en aquella ciudad de baños, ninguno se distinguía á mis ojos de los demás; yo los ponía á todos en la misma línea que á nuestro embajador, el viejo príncipe K..., que me hacía la corte.

El uno era joven, el otro era viejo; éste un inglés rubio, aquél un francés con perilla; todos me eran igualmente indiferentes é igualmente necesarios.

Eran personajes insignificantes, pero que servían para formar aquella alegre atmósfera que me rodeaba.

Sólo uno de ellos, D..., un marqués italiano, atraía más particularmente mi atención por la audacia con que expresaba sus admiraciones. No desperdiciaba ocasión ninguna de estar á mi lado, de hablar conmigo, de acompañarme á caballo en el paseo, de encontrarme en el casino y, sobre todo, de decirme que era hermosa.

Varias veces lo vi rondando el hotel desde mi ventana, y su mirada fija y desagradable me hizo á menudo sonrojarme y apartar los ojos. Era joven, guapo, elegante y se parecía á mi marido en la sonrisa y en la expresión de la frente, aunque no era tan buen mozo.

Aquel parecido me llamaba la atención, por más que en la expresión general de su fisonomía, en sus labios, en su mirada y en su barba alargada, en vez del atractivo, de la bondad y de aquella serenidad ideal que caracterizaba á mi marido, había un no sé qué de brutal y grosero.

Yo suponía que me amaba apasionadamente, y á veces pensaba en él con una conmiseración orgullosa. En otras ocasiones trataba de calmarlo, de ponerlo en el pie de una confianza amistosa y tranquila; pero rechazaba esas tentativas y seguía turbando desagradablemente mi tranquilidad con aquella pasión velada que yo veía próxima á estallar á cada paso.

Temía á aquel hombre sin querer confesármelo, y á mi pesar pensaba frecuentemente en él.

Mi marido observaba respecto de ese italiano una actitud más reservada y fría aún que respecto á los otros jóvenes que lo consideraban simplemente como el marido de su mujer.

Hacia el fin de la temporada caí enferma y estuve sin salir durante dos semanas.

Quando me encontré bastante bien para volver al casino, supe que durante mi indisposición había llegado una mujer célebre por su belleza, á quien se esperaba hacía tiempo, lady S... Me ví rodeada y agasajada otra vez; pero en torno de la nueva reina giraba una corte mucho más brillante. Yo no oía hablar más que de ella y de su belleza. Era, en efecto, encantadora; pero su semblante expresaba una satisfacción de sí misma que me impresionó desagradablemente, y no pude menos de notar mi impresión.

Aquel día me pareció insulso y desprovisto de atractivos todo lo que antes me había deleitado.

Al día siguiente lady S... organizó una excursión á un castillo próximo, y yo me negué á ser de la partida. Siguió fiel á mí un número muy pequeño de mis admiradores. Desde ese momento todo cambió á mis ojos; aquellas gentes me parecieron inspidas y enojosas; tenía siempre ganas de llorar, y sentí el deseo de volver á Rusia lo más pronto posible.

Se deslizaba en mi corazón un sentimiento nuevo que no quería confesarme aún.

Pretexté el estado de mi salud para no frecuentar el casino; no salí ya más que para tomar las aguas y para dar un paseo por los alrededores en compañía de una compatriota, la señora L. M...

Mi marido estaba ausente, había ido á pasar algunos días á Heidelberg aguardando el fin de mi restablecimiento; inmediatamente después debíamos regresar á Rusia.

Un día lady S... arrastró á una cacería á todo el mundo; yo preferí hacer una excursión al castillo sola con la señora L. M...

Mientras el coche seguía el camino sinuoso entre dos filas de castaños seculares, desde donde descubre la mirada los risueños alrededores de Baden, teñidos entonces por los colores vivos del sol poniente, tuve con mi compañera una conversación muy seria, como no la habíamos tenido hasta allí. Por primera vez descubrí en mi compatriota una mujer de talento con quien se puede hablar de todo y á quien es bueno contar como amiga.

Hablábamos de la familia, de los hijos, del vacío de la vida que se lleva en las poblaciones de aguas; expresábamos el deseo de volver á Rusia, al campo, y nos sentíamos conmovidas por una dulce tristeza.

Con esta impresión de recogimiento entramos en el vetusto castillo. Dentro de su recinto todo estaba fresco y lleno de sombra, mientras que sobre sus ruinas todavía brillaba el sol. Se oía un ruido de pasos y de voces.

Al través de la puerta abierta se veía como dentro de un marco esa vista de Baden tan bella, pero demasiado fría para nuestro gusto de rusas.

Me senté con mi amiga á tomar un refrigerio, y contemplamos silenciosamente la puesta del sol.

Las voces que habíamos oído se hicieron más distintas, y creí escuchar mi nombre.

Aquellas voces tampoco me eran desconocidas: una era la del marqués D... El otro interlocutor era un francés á quien yo conocía igualmente. Hablaban de mí y de

lady S... El francés puntualizaba las bellezas de las dos y las comparaba. No decía nada injurioso; pero al oírlo se me agolpó la sangre al corazón.

Analizaba minuciosamente nuestras particularidades distintivas: yo había tenido ya un hijo, lady S... no tenía más que diecinueve años; mi pelo era más bonito, pero el tallo de mi rival era más gracioso. Ella era una gran dama, en tanto que «la de usted— como él decía— es una de tantas princesillas rusas como ahora se ven aquí». Concluyó afirmando que yo hacía bien en no tratar de luchar con lady S... y que estaba completamente oscurecida en Baden.

—La compadezco—respondió el italiano.

—¡Si al menos quisiese consolarse con usted!—sugirió el francés con una risa burlona.

—Si se marcha, le seguiré—replicó la voz de acento italiano.

—¡Feliz mortal! ¡Puede amar todavía!—contestó el francés riendo.

—¡Amar!—dijo la voz del italiano y calló.—Yo no puedo vivir sin amar—continuó al cabo de un momento—; ¿qué sería la existencia sin el amor? No hay más que una cosa buena en este mundo: hacer de la vida una perpetua novela... Y yo nunca interrumpo a la mitad mi novela; ésta llegará también hasta el desenlace.

—¡Buena suerte, amigo!—respondió el francés.

No volvimos a oír nada; pero poco después se distinguieron los pasos hacia la derecha, resonaron en la escalera, y pasados algunos minutos, los dos interlocutores salían del castillo por la puerta lateral, y se quedaron muy sorprendidos al vernos en el patio.

Yo me puse muy encendida cuando el marqués se adelantó hacia mí, y me asusté de su audacia cuando me tendió la mano. No podía, con todo, dejar de tomarla. Nos dirigimos juntos hacia el coche que nos esperaba abajo; mi amiga nos precedía en compañía del francés.

Me sentía inquieta al ver que el italiano no tenía mi cólera, sabiendo que lo había oído todo.

Las reflexiones del francés me habían herido, aun reconociendo que no hizo más que expresar en alta voz verdades que yo presentía confusamente; pero las palabras del marqués me dejaron atónita y me sublevaron por su cinismo.

Me era odioso verlo tan cerca de mí, y sin mirarlo, sin responderle, y tapándome el oído con un pretexto para no escuchar, apretaba el paso, á fin de unirme á mi amiga. Me hablaba del hermoso panorama, del placer que le proporcionaba aquel encuentro inesperado, y de diversas cosas indiferentes á que yo no prestaba atención.

Pensaba en mi marido, en mi hijo, en Rusia. Experimentaba una vergüenza instintiva, pesar, deseos vagos, y por cima de todo tenía prisa de encontrarme sola en mi cuarto del Hotel de Baden, para recogerme en medio de los sentimientos tumultuosos que acababan de turbar mi tranquilidad.

Mi compatriota andaba con demasiada lentitud para mi impaciencia, y estábamos aún á bastante distancia del coche. El marqués me parecía acortar el paso deliberadamente, como para retenerme.

«Esto no puede seguir»—pensé—y marché resueltamente más aprisa.

Pero él seguía reteniéndome, y hasta me cogió y estrechó la mano.

Una vuelta del camino nos separó de mi amiga y nos encontramos solos. Entonces tuve miedo.

—Dispense usted—le dije con frialdad, é hice un esfuerzo para retirar mi mano; desgraciadamente el escaje de mi manga se enganchó en un botón suyo.

Se inclinó tanto hacia mí, que me rozó con su pecho y se puso á desenganchar la manga; sus dedos sin guantes tocaron mi mano.

Un sentimiento, nuevo para mí, mezcla de horror y de placer, hizo correr un escalofrío por toda mi espalda. Lancé al marqués una mirada de indignación, esperando evidenciarle de esa suerte todo mi menosprecio; pero aquella mirada expresó muy otra cosa: la emoción y el temor.

Sus ojos brillantes y húmedos se posaban apasionadamente en mi cara, se paseaban por mi cuello y mis hombros; sus manos acariciaban suavemente la mía; sus labios entreabiertos murmuraban: «amo á usted»; me decían que para él yo lo era todo; se acercaban y me rozaban casi, á la vez que sus manos me oprimían con más fuerza y me abrasaban...

Corrió fuego por mis venas, se oscurecieron mis ojos, temblé, y en mi seca garganta expiraron las palabras de protesta.

De pronto sentí un beso en la mejilla; temblando y helada, me detuve en medio del camino y miré el marqués de frente. No tenía ya fuerzas para hablar ni para andar; esperaba completamente aterrorizada y deseaba no sé qué.

Toda esa escena había durado un instante; pero ¡qué instante tan terrible!

¡Qué distintamente vi y qué bien penetré su fisonomía en el breve espacio de aquel momento! Comprendí lo que significaban la frente baja que salía por debajo del ala del sombrero de paja, y que se parecía á la frente de mi marido, y aquella hermosa nariz recta, de ventanas palpitantes y aquellos largos bigotes lustrosos y atusados, y aquella perilla, y aquellas mejillas coloradas y aquel cuello atezado, ¡todo, todo lo comprendí!

Odiaba y temía á aquel hombre, casi desconocido; pero en aquel instante, la pasión y la alteración de ese ser extraño y aborrecido se reflejaban en mí y me fascinaban.

Experimenté vehementes tentaciones de abandonarme á los besos de aquella boca hermosa, aunque grosera; á la presión de aquellas manos blancas, de venas finas y cuajadas de sortijas. Un loco deseo me impelia á arrojarme de cabeza en el abismo de las delicias vedadas, que tan inopinadamente acababa de abrirse delante de mí.

«¡Soy ya tan desgraciada!»—me dije. ¡Eh!, ¡que se acumulen sobre mi cabeza todas las desgracias!...

Él me rodeó con el brazo y se inclinó hacia mi cara. Yo seguía pensando:

«¡Pues bien! ¡Caigan sobre mi cabeza el oprobio y el pecador!»

—¡La amo!—dijo una voz que se parecía á la de mi marido.

Entonces me acordé de mi marido y de mi hijo, como de dos seres queridos con quienes había roto hacia mucho tiempo.

En aquel instante oí á la vuelta del camino la voz de mi amiga que me llamaba.

Volví en mí, retiré bruscamente la mano, y, sin mirar al marqués, corrí á reunirme con mi compatriota.

Hasta que estuve en el coche no dirigí los ojos al italiano; él levantó el sombrero, y me hizo, sonriendo, una pregunta. No adivinaba el despecho inexpressable que sentía hacia él en aquel momento.

¡Qué desgraciada me parecía mi vida! ¡Qué desesperado el porvenir y qué negro el pasado! Mi compatriota me hablaba y no la oía. Me figuraba que me dirigía la palabra por lástima, por ocultar el menosprecio que debía inspirarle. Creía reconocer ese menosprecio y esa lástima insultante en cada palabra y en cada mirada. Aquel

beso me quemaba la mejilla como una afrenta; no podía soportar el recuerdo de mi marido y de mi hijo.

Esperaba que, una vez sola en mi cuarto, podría reflexionar sobre mi situación; pero la soledad me dió miedo. No me tomé tiempo siquiera para acabar el te que me llevaron, y, sin saber yo misma por qué, me puse á hacer febrilmente los preparativos indispensables para salir en el tren aquella misma noche á fin de reunirme con mi marido en Heidelberg.

Cuando me encontré con mi doncella en el departamento, cuando se puso en marcha la locomotora, y sopló en mi cara el aire fresco que entraba por la ventanilla, empecé á reponerme, y pude mirar mi pasado y mi porvenir.

Toda mi vida, desde nuestra llegada á San Petersburgo, se ofreció á mis ojos con una claridad nueva, y pesó sobre mi conciencia como un remordimiento. Por primera vez me acordé de nuestra vida de campo y de nuestros bellos sueños; por primera vez me pregunté qué había hecho por la felicidad de mi marido en todo ese tiempo, y me reconcí culpable hacia él.

Pero también me decía: «¿Por qué no me detuvo en esta pendiente? ¿Por qué ha disimulado conmigo? ¿Por qué ha eludido siempre toda explicación? ¿Por qué me ha dirigido injurias? ¿Por qué no ha usado del poder que su amor le daba sobre mí? ¿O es que nunca me había amado?»

Pero, cualesquiera que fuesen sus faltas, el beso del extraño me quemaba la mejilla, y no cesaba de sentir su ardor.

A medida que nos acercábamos á Heidelberg, se erguía más claramente ante mí la imagen de mi marido, y cada vez me parecía más temible nuestra entrevista.

«¿Se lo diré todo, sí, todo; redimiré mi culpa con lágrimas de arrepentimiento y me perdonará!»

Me consolaba así, y, sin embargo, no sabía muy bien en qué consistía ese «todo» que quería decirle, y no creía obtener su perdón.

Pero, apenas me encontré en presencia de mi marido y vi su cara tranquila, á pesar de la sorpresa, comprendí que no tenía nada que contarle, nada que confesarle, nada de que pedirle perdón. Debía encerrar dentro de mí mi dolor y mi arrepentimiento y callarme.

—¿Qué es lo que te ha dado la idea de venir?—preguntó.—Precisamente me proponía ir á verte mañana.

Después, habiéndose fijado más en mi semblante, tuvo un movimiento de espanto y exclamó:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—Nada—respondí haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

Me he venido contigo simplemente. Si quieres nos volveremos á Rusia mañana.

Me examinó largo rato con mirada excrutadora y sin pronunciar una palabra.

—¡Pero dime lo que te ha sucedido!—insistió.

Me sonrojé involuntariamente y bajé los ojos. Vi encenderse en su mirada una sospecha ofensiva. Me horroricé al pensar en las ideas que podrían asaltarle, y respondí con un poder de disimulo de que yo no me creía capaz:

—No ha sucedido nada, sino que me aburría sola... Además, he pensado mucho en ti y en la vida que llevamos... ¡Hace tanto tiempo que me siento culpable para contigo... ¿Por qué me has conducido adonde tú no pensabas ir?... ¡Oh, sí, hace mucho tiempo que comprendo mi injusticia!...

De nuevo me subieron las lágrimas á los ojos.

—¡Oh!, ¡volvamos á nuestra casa, al campo y para siempre!—exclamé.

—Amiga mía—dijo friamente—, ahorremos estas escenas sentimentales... Tú deseas volver al campo... Muy bien, porque nuestros negocios no andan muy prósperos... pero por siempre es otra historia... Sé que nunca te harás á ello... En fin, lo mejor que puedes hacer por ahora es tomar el té.

Al decir estas palabras, se levantó para llamar al mozo.

Yo reflexionaba en todo lo que podía suponer de mí, y me sentía ofendida por las ideas que le atribuía y que creía leer en su mirada, aun cuando la apartase como si tuviese vergüenza de encontrar mis ojos.

«No, no quiere, no puede comprenderme»—pensé.

Le dije que deseaba ver al niño, y salí del cuarto.

Tenia ganas de quedarme sola para poder llorar, llorar, llorar.

(Se continuará.)

LEÓN TOLSTOI.

SECCIÓN LIBRE

EL CONFLICTO CHINO-EUROPEO

La ambición de dominio y de riquezas, disfrazada bajo el nombre de cristianismo y civilización, ha producido el sangriento conflicto chino-europeo que todo el mundo lamenta.

La soberbia, servida por la ignorancia, ha dado lugar á que los jefes y directores de las grandes potencias, que, con estúpida precipitación, habían hecho trizas el mapa de China, adjudicándose los cachos de territorio á su antojo, se encuentren ahora con la vergüenza de sufrir el asesinato de sus representantes(1) y nacionales residentes en aquel país, paralizados ante la avalancha de un alzamiento casi general de una nación de 400 millones de habitantes, sin poder dar un paso para el castigo de los criminales y la venganza de las víctimas, y lo que es casi tan malo como lo expuesto, imposibilitados de ponerse de acuerdo á causa de las ambiciones exageradas de cada Estado en particular.

Gobiernos que se inspiraban en ideales tan mezquinos y que carecían del talento suficiente para conocer el poder de un enemigo que calificaban de tímido y cobarde hasta el punto de permitirse hablar del reparto de China como lo más hacedero y fácil hasta el día anterior á la matanza general de extranjeros, son gobiernos, no ya fracasados, sino hundidos en el abismo de la más grave responsabilidad. Estados cuya dirección corre á cargo de estadistas, de parlamentos, de partidos políticos y de prensa de tan mezquina altura intelectual, son estados amenazados de muerte, incapaces, faltos de ideales humanos y generosos, de levantarse del fondo de vilezas en que se revuelcan. Sostenidos únicamente por la organización autoritaria, que despoja de libertad y de iniciativas á los naturales que tienen cogidos en sus redes, esos gobiernos, después de hallada la fórmula diplomática á que hayan de acomodarse con buena ó mala voluntad, pondrán á contribución la sangre de sus administrados y la riqueza del país para la futura y próxima guerra.

(1) Este artículo fué retirado del número anterior por falta de espacio. — (N. de la R.)

Y aquí surge un nuevo problema, precursor de otro conflicto, quizá el último que haya de dejar sin resolver la sociedad presente, para que lo resuelva la sociedad venidera: ¿Se repetirán sin dificultad ni protesta en los albores del siglo xx las levas de reclutas que se hicieron en los primeros años del siglo xix, con motivo de las guerras napoleónicas?

Este problema, planteado desde que los gobernantes se dieron torpemente al gravísimo error de la paz armada y soñaron con la posesión de grandes colonias, encargando los trabajos preliminares á filibusteros religioso-mercantiles, es de resolución urgente por la actitud de los boxers; pero se encuentra encallado.

Como medios para su solución tenemos, en primer lugar, la incapacidad de los gubernamentales.

Tenemos también una aristocracia, resto de pasados regímenes políticos, que, rica, holgazana y estúpida, va desangrándose poco á poco bajo la acción chupadora de jesuitas, toreros, bailarinas y campeones de *sport*; eso en España; en las otras naciones, poco más ó menos. De esta gente no saldrá ni un hombre, ni una idea, ni una peseta.

Hay, además, una burguesía que tiene acciones en las empresas bancarias, comerciales é industriales existentes en el país del siniestro, para quien ha de ser el fruto de la victoria que se espera, y de la cual no pueden salir más que abastecedores que den gato por liebre en todo género de contratos y subvenciones á la prensa para que toque la trompa épica del patriotismo.

Confiase únicamente, como siempre, en el proletariado, carne de fábrica en tiempo de paz y de cañón en el de guerra; pero á los trabajadores no se les engaña ya con patriotismos trasnochados ni se les intimida con brutalidades de chafarote. Frente al agotamiento de todos los ideales de las clases privilegiadas, y pasando sobre el evervante escepticismo que las corroe y aniquila, está el proletariado internacional proclamando el progreso, la libertad y la igualdad con heroísmo de mártir y convicción de apóstol, y no puede ser ya juguete de incapaces, sino protagonista.

Tal es la situación.

Trabajadores: A pensar, á resolver, á ejecutar.

ANSELMO LORENZO.

SOBRE EDUCACIÓN

NECESIDAD DE QUE LA EDUCACIÓN SEA LIBERTARIA

Reforma la educación,
y reformarás al hombre.

I

El problema de la educación del individuo ha sido, y seguirá siendo por algún tiempo, uno de los problemas de mayor transcendencia; pero que, dadas las apreciaciones distintas y hasta opuestas que sobre *lo que la educación debe ser* tienen las gentes, nada de particular tiene que éstas pasen años y más años discutiendo sobre cuestión tan importante, sin conseguir unos ni otros dar al problema la justa y necesaria solución que de consuno reclaman el progreso, la justicia y la libertad.

Hasta ha poco la solución parecía estar ya dada: la religión, ese engendro de malvados y enfermizos cerebros, era más que suficiente para la mayoría de las gentes, las que, por una culpable indolencia ó aversión al estudio, descargaban tan importante misión en los representantes de las diversas religiones, abandonando así el derecho

que sobre tan transcendental materia tenían. Pero hoy la situación es otra, y aunque no total, en parte, la instrucción y la educación han dejado de ser patrimonio explotable de las religiones. Ciertamente, sí, que la educación dada por las religiones a los pueblos durante tan largo lapsus de tiempo, ha abierto en la conciencia de éstos un profundo surco, el cual bien pudiera llamarse *fosa*, donde han querido enterrar a la razón y dignidad humana; pero hoy, debido al irresistible empuje de la ciencia y sus hombres, las cosas han cambiado, y el número de los que han perdido la fe es mucho más considerable en cantidad y calidad, que el de aquellos que por hipocresía, por convencionalismo ó por lujo—éstos son los más—dicen poseerla.

Luengos años, siglos enteros hace que la religión viene siendo la educadora del individuo, y la inutilidad de su *contraproducente método* le hallamos de manifiesto al hojear la más triste de las estadísticas, la estadística criminal, cual tangibilidad se halla en las cárceles, presidios y patíbulos.

Arrancado, secularizado, pues, del dominio de la Iglesia y sus sectarios el privilegio de educar á la niñez, hácese preciso confiar el cumplimiento de tan elevada misión social á los hombres incorruptibles y que reúnan las condiciones necesarias, y en la elección de estos individuos se tropieza con el primer inconveniente. Muchos son los que ejercen la tan delicada cuanto difícil misión de educar; pero hemos de confesar que son pocos, muy pocos, los que cumplen con lo que tal misión exige.

Si educación es la «creación de las costumbres» en el hombre, tomando la palabra costumbres en su acepción más lata y más elevada, es evidente que ésta debe cuidarse de producir el hombre ó el productor, según una imagen en miniatura de la colectividad, por el metódico y gradual desarrollo de las facultades físicas, morales é intelectuales del niño. Asimismo debe ocupar un puesto preeminente en la educación el trabajo manual, las operaciones industriales, las labores agrícolas y cuanto tienda á producir lo útil y lo bello, por formar todo esto parte de las costumbres ó fases de la producción en general, cuya influencia es tan grande como benéfica en el hombre y su modo de obrar.

La educación positiva, libertaria y expansiva constituye un arte, la más difícil de las artes; una ciencia, la más complicada de las ciencias; pues consiste en inculcar idénticas verdades en individuos que no sienten de igual modo el amor á la humanidad, y en hacer que se penetren de los mismos deberes á individuos que no desean del mismo modo la justicia. Por estas y por otras muchas razones, se puede afirmar que la educación del individuo es la más importante función de la humanidad.

II

«Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo»—decía Arquímedes—; la educación libertaria es el punto que nosotros buscamos, y si conseguimos hallarlo, apoyados en él, transformaremos el modo de ser de la sociedad. ¿Cómo? Vamos á exponerlo.

Tres campos hay, los que bien abonados y por expertas manos roturados, podrían producir el fruto educativo que anhelamos; estos son la escuela, la familia y la sociedad.

En cuanto á la escuela, sabido es que tal cual viene funcionando, no es el «templo de moralidad» como muchos creen. Ciertamente que hay excepciones, aunque muy raras, las cuales justifican la regla general. La moral está proscrita de la escuela de orden superior.

En la escuela de fines del siglo XIX se educa al niño cual si se le preparara para vivir en el siglo XIII, XIV ó XV; se le hace invertir un tiempo precioso y ocupar la mayor parte de sus facultades intelectuales en el estudio de problemas indescifrables,

tales como la «santísima trinidad», el estado de «virginidad», el camino del «cielo», etc., etc., etc.; sabiendo de antemano sus maestros que todo eso son palabras *vacias de sentido*, que la razón y la ciencia rechazan.

Demostrado está de un modo desgraciadamente incontestable, que en la escuela de hoy no se educa á la niñez en la educación expansiva, liberal y positiva, y si alguien lo dudare, visite una ó varias escuelas y se convencerá de la falsa educación que en ellas se da, oyendo al maestro recomendar á sus alumnos «el más sagrado respeto á la propiedad ajena»; preconizar «la más humillante y pasiva de las obediencias á la autoridad en sus diversas categorías»; enaltecer «las virtudes del rey tal y las proezas de valor del guerrero (léase homicida) cual»; y como si con la enseñanza de lo expuesto no hubiera materia más que suficiente para sembrar en el niño la perversión moral, háblasele de santos y de dioses, de misterios y de divinidades, mezclado con la inmundicia ley del *tanto por ciento*. De todo lo cual resulta, que si sigue los estudios y llega á ser *bachiller* (sic) ó *licenciado*, lleva en su cerebro tal lastre de prejuicios y preocupaciones, que ni siquiera le permite conocer la sociedad en la cual debe vivir, ni menos aún los deberes que como ser social tiene para con sus semejantes, es decir, que ha llegado á hombre y no sabe que es una parte integrante del todo social.

En cuanto á lo referente á la educación de la niña, todavía es más perjudicial, tanto en la parte moral, como social. Sale la niña del colegio ó pensión sin saber nada de lo que más debiera saber, y principia á deslizarse su nueva vida en una inactividad enervante y perjudicial en alto grado, así para su organismo como para la sociedad. Preséntasele el horizonte, sonriente al parecer, pero en realidad triste y celado por crespona nube. No tiene más entusiasmos que los juegos infantiles. Más tarde, y mecida en contemplativa vida, se le presenta el matrimonio, etapa de su vida, que ni anhela ni detesta; pero que lo acepta por salir de la esclavitud en que la tienen la tiranía de los padres ó parientes y el *dedo* de la sociedad.

Como la educación que recibió era falsa, con ella entrará á formar familia, y el lastre religioso que á ella le cargaron pasará á ser la *base de la educación de sus hijos*, con lo cual se justifica aquello de «de madres beatas, hijos hipócritas».

Si de la escuela pasamos á analizar la familia como entidad educadora, nos hallamos con que la educación que el niño recibe *entre los suyos* es todavía peor.

Los padres educan al hijo por idéntico método que les educaron á ellos. La autoridad *indiscutible* del padre y los trasnochados y religiosos mandatos de la madre, suelen ser la base del método. La inmutable severidad del padre, junta con el *pan* y *palo* de la madre, son los inseparables compañeros del niño en tanto lo es.

Su organismo, plétórico de energías, se ve cohibido por la rígida mirada del padre, so pena de exponerse á sufrir las consecuencias de la cólera paternal, si intenta dar rienda suelta á lo que su naturaleza le ordena. «¡Los niños hablan cuando ríen las gallinas!» «¡Cállese usted, chiquillo, que están hablando los mayores!» Estas y otras órdenes, tan absurdas como insulsas, salen de las madres, si los niños en un momento de inspiración quieren exponer una idea ó emitir su propia opinión. En fin, para que se pueda aquilatar el valor ó virtualidad de la educación del niño en la familia, bastará que recordemos lo que tantos padres ponen en su boca, con escarnio de la moral y ultraje á las leyes naturales, cuando algún niño ó niña hace algún desaguisado propio de su edad, pero del desagrado del padre. «Venga usted aquí, pícaro! / *Te he de matar!* ¡Ah! / *Vale más hijo muerto, que mal educado!*»

(Se continuará.)

CONSTANCIO ROMBO.

EL ESTADO

Justificad el Estado como queráis, hacedle unitario ó federal, burgués ó comunista, monárquico ó republicano, resultará siempre, en definitiva, que estáis bajo el yugo de un tirano contra el cual no cesaréis de protestar en nombre del pensamiento y de la Naturaleza.

GIOVANNI BOVIO.

Engañado por todos los partidos políticos y por toda clase de gobiernos, el trabajador está convencido de que, en absoluto, no puede esperar nada del Estado; de que todos los poderes públicos, todas las instituciones, incluso la ley, la justicia, la política, le son abiertamente contrarias, y que no debe fiar en nada que no dependa de sus propias fuerzas; en una palabra: el obrero ha llegado á la certidumbre de que la sociedad actual se divide en dos grandes grupos, contrarios, si no enemigos; uno de despreciados, postergados, escarnecidos y hambrientos, los que viven de su trabajo; otro de satisfechos, enaltecidos, orondos y hartos, los que viven de los trabajos de los demás. Y ve el obrero hoy, bien claro, que los papeles están invertidos; que las consideraciones y comodidades parecen vinculadas en quienes nada merecen, mientras que las privaciones y el desprecio son patrimonio exclusivo de los que lo merecen todo.

Esta conclusión á que ha llegado el obrero, y que poco á poco ha ido haciéndose universal, entraña para él un progreso interesante hasta lo sumo. Apenas seguro el obrero de que todo lo espera de sí y nada de los demás, y que cuanto gira en torno suyo y le aprista y le estruja y le esclaviza, no son sino los horribles tentáculos del gran pulpo social que le chupa el tuétano; apenas convencido de que el orden que rige, y para cuya conservación viven y se desvelan las instituciones, no es otra cosa que la ordenada explotación de una clase en beneficio de los demás; cuando un alarido de protesta ha sonado y repercutido de un ámbito á otro ámbito, y de todas partes, á un solo impulso millones de frentes se han erguido, y millones de lenguas han hablado de quejas y de reivindicaciones para recordar al mundo que, mientras no se dé á cada uno lo que es suyo, y al trabajador el resultado de su trabajo, se vive en pleno período de iniquidad, y no hay ley que sea ley, ni hay justicia que sea justicia, ni hay humanidad que sea humanidad.

A ese deslinde de campos, rayano en el choque, ha conducido, aún más que el progreso natural alcanzado por las inteligencias, gracias al incesante laboreo de los siglos, la terquedad de las clases que llamaremos, porque así se llaman ellas, conservadoras ó directoras, que no han estado jamás dispuestas á ceder nada de buen grado, y no retroceden ni ante la exasperación de los esquilmados, ni ante las amenazas de lo desconocido, que no son para desatendidas en el porvenir, preñado de sorpresas á que nos arrastra la vertiginosa progresión en las ideas y el alcance cada día mayor de los procedimientos. Y la injusticia del modo de ser social, cada vez más evidente; y la inteligencia del obrero cada vez más culta; y la explotación á que convidan los inventos, cada vez más desenfrenada; y el afán de adquirir, más irracional cada vez, como si se acercase el día del juicio final y pudiese traspasarse á otra vida lo acaparado en ésta, hacen que el conflicto marche al vapor hacia su término; sólo la terquedad elevada á su potencia máxima puede aconsejar la intransigencia y el desprecio con que se miran las reclamaciones de los explotados.

*
* *

¿Y con esa sociedad, es decir, con ese Estado—pues el Estado es la representación genuina del modo de ser social—deberíamos entendernos para pedir reparaciones? Oramos cuerdamente renunciando á esa satisfacción. Una sociedad envuelta en el error y en la ignorancia, puede redimirse; una sociedad que cínicamente lo confiesa y hace alarde de irle perfectamente con él, no se redime ni se convence nunca. Pruébese hoy conmover los corazones de los dichosos, presentándoles un cuadro real de lo que sufren los infelices, y espérese el resultado; todas las clases han convenido en que el género de lamentación en este orden de ideas, no pasa de sensiblería, cursi y trasnochada, y los que gozan del festín social apartan la vista con horror de cuanto pudiera turbar la alegría de su continuada fiesta. Que el salario es deprimente y además no alcanza para cubrir las necesidades que la naturaleza y el progreso imponen, ¿qué le importa eso al que no carece de nada? Que al obrero, esclavo todo el día, le falta tiempo para imprimir sus huellas en el corazón de sus hijos, y que muchas veces, á causa del forzado abandono en que ha de dejarlos, van á aumentar ellos el contingente de las cárceles y ellas el de los burdeles; ¿puede ocuparse en eso el que recibe á todas horas las caricias de su prole que está á cubierto de tamaños peligros? Que la delicada constitución moral y física de la mujer no admite la prisión y la mezcla de sexos de las fábricas, y de ahí provienen las familias que sólo de tales tienen el nombre; ¿acaso el satisfecho ha de descender á buscar la amargura del fondo social, cuando saborea con fruición la miel de la superficie? Que la carencia de trabajo tras instantáneamente en pos de sí la miseria; que el ahorro es una mentira, un imposible; que el más sencillo entorpecimiento en la continuación del trabajo se hace cuestión de vida ó muerte para el obrero; que todo es negro para él; el pasado, monótonamente transcurrido en el taller; el presente, sellado con la esclavitud del trabajo y la vergüenza de la humillación; el porvenir, siempre amenazador, siempre cruel, y el que no puede afrontarse con serenidad sin medios ni recursos para arrostrar su rudeza; ¿tiene, por ventura, tiempo el dichoso, en medio de las ocupaciones del placer, para ahondar en esas consideraciones? Al fin y al cabo, para ser honrado, siendo explotador ó poderoso, no se necesita de tan estúpida abnegación. Con pagar puntualmente las cuentas, inscribirse en las suscripciones que se hacen cuando ocurren catástrofes públicas, concurrir á funciones ó bailes para fines benéficos, hacer limosnas prudentemente y dejar en el testamento un legado para algún asilo benéfico, hay lo suficiente, y aun de sobra, para que al fallecer el que así ha obrado pierda el mundo un filántropo de primer orden, y sea su muerte sentida de todo el que sabe apreciar las nobles condiciones del alma. Entre tanto, seguirá la inicua desigualdad de clases que toda la civilización aglomerada á fuerza de siglos no puede destruir; continuarán los hombres muriendo de hartura por un lado, y muriéndose de hambre por otro á causa del vicio en unas partes, y en otras á causa de la miseria; y seguirán las inteligencias, que tan útiles podrían ser al universal movimiento, secándose por exceso de placeres ó por exceso de dolores; y la necesidad del que no tiene nada, y el vicio del que le sobra todo puestos en contacto, no cesarán de continuar su obra de servilismo, de inmoralidad, de desvergüenza y de iniquidades, de estas iniquidades que están encarnadas en la vida de los pueblos, que escapan á toda ley y que hacen á la humanidad miserable y degenerada.

* * *

No; nuestras reclamaciones al Estado no pueden basarse en este orden de ideas. En nombre de la humanidad, en nombre de la religión, en nombre de todo lo que la

sociedad considera más sagrado y más augusto, se mantiene la explotación y la esclavitud. El complicado organismo social descansa sobre este principio: del trabajo del que suda trabajando, porque trabaja demasiado, salen, como de una maceta los brillantes matices de las flores, las aparatosas grandezas de que se visten las diferentes gradaciones sociales; el orden, la ley, la fuerza, existen y se mantienen sólo para eso; loco fuera el que creyese que el Estado, la institución Estado, creada precisamente para el sostenimiento del *statu quo*, que para eso se le paga, renunciase á su propia existencia aceptando la evolución, y por ende la revolución. No; el Estado es inhumano, porque la sociedad es inhumana; el Estado es contrario al obrero, porque la sociedad no vive como vive, sino porque aplasta al obrero con su peso enorme. No pidamos nada al Estado en nombre de nada, porque el Estado, si es lógico, si ama la vida, como la ama, tiene el deber de no oírnos, ó, si nos oye, de burlarnos.

Además, el Estado carece de medios para imponerse en el caso imposible de que pretendiese algo en favor del obrero; sus disposiciones serían letra muerta, ahogadas siempre por la influencia ó el dinero de los expoliadores; véase si no á qué han venido á parar las leyes sobre el trabajo de la mujer y el niño, no sólo en España, sino en Europa. Los niños siguen ingresando en los talleres apenas pueden sostenerse sobre sus débiles plantas, y las mujeres continúan sujetas á un riguroso trabajo desde mucho antes de salir el sol hasta mucho después de entrada la noche. Y por otra parte, ¿no es el colmo del sarcasmo exigir de los padres que mantengan é instruyan á sus hijos hasta determinada edad, cuando la familia, angustiada, y á veces hambrienta, está esperando como pan del cielo los ocho, diez ó doce reales que ha de empezar ganando el niño por semana, para añadir alguna legumbre á su miserable puchero? ¿No son una sangrienta ironía todas las predicaciones y todas las leyes para que la mujer no gaste su cuerpo ni enlame su corazón en las fábricas, cuando el aguijón de la necesidad no admite razonamientos ni excusas, y obliga antes que todo y sobre todo á buscar el pan doquiera esté y por los medios que los mantenedores del orden actual conceden en su olímpica munificencia, esto es, la vejación; el oprobio, la esclavitud y la corrupción no pocas veces? ¡Desgraciados de nosotros por la eternidad de todos los siglos si el Estado ó la buena sociedad han de remediarnos! Su única preocupación respecto á nosotros es que no producimos aún lo bastante, que holgamos mucho, dormimos con exceso y nos distraemos demasiado. Y no les falta lógica; si nacemos única y fatalmente destinados al trabajo por misión ó condenación de casta, están en lo cierto al exigirnos más, y todavía defraudamos algunos momentos á quienes tienen derecho á toda nuestra actividad, á toda nuestra vida.

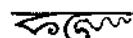
Pero aún podría cabernos la duda de si haciendo un llamamiento á su propio interés, al propio interés del Estado, sería posible alcanzar de él, como representante de la iniquidad social, una transacción, los medios que nos son necesarios para vivir la vida que merecemos. Podríamos decirle al Estado que es de cuerdos sacrificar la parte para no perder el todo; que el afán de progreso, de redención, circula potente como el vapor comprimido, rápido como la chispa eléctrica, de mano en mano, de boca en boca, y que los peligros de esa propaganda mutua y sin interrupción son incalculables, porque, á causa de miles y miles de errores aglomerados, puede decirse que la humanidad entera vive sobre un volcán. Podríamos decirle al Estado que las ideas producto del progreso parece que vuelan por la atmósfera, que son absorbidas por las gentes, y que, hallando terreno abonado en las inteligencias, en ellas arraigan y fructifican, y que, aun cuando parece imposible, el rudo bracero, el tosco labrador, el en

carcelado obrero, todos saben ya, y todos se dicen y todos comentan la expoliación de que son víctimas, y que sus aspiraciones están de acuerdo hasta tal punto con la naturaleza y con los tiempos alcanzados, que todas las persecuciones, todas las tiranías, no serían óbice, á la fuerza de concentración que, como las leyes eternas de los astros, tiene su curso fatal que podrá precipitarse, pero jamás detenerse. Podríamos decirle al Estado que la misma fuerza empleada para contener las aspiraciones del pueblo trabajador, sale de ese mismo pueblo, lleva en su mente las mismas aspiraciones, y que puede llegar un día en que nos sea todo favorable, así como actualmente nos es todo adverso. Esto y mucho más podríamos decirle al Estado; pero ni aun colocando nuestra reparación bajo esa salvaguardia, conseguiríamos ser atendidos ni mucho menos reparados. Existe cierta ceguera intelectual que impide ver á los que se sienten desvanecidos por el humo de la prosperidad. Ni quejas, ni razones, ni buena voluntad, nada hará torcer el rumbo impuesto por el orden actual á las cosas humanas. Todo el bien debemos esperarlo y lo esperamos de nosotros mismos, y no esperamos en balde; el espíritu de cohesión y solidaridad se propaga admirablemente, y existen ya, como preliminares de emancipación, aspiraciones concretas, prácticas unánimes que proclamamos como lemas actuales de nuestra bandera. Predicamos, oímos, adelantamos y nos robustecemos; el tacto de codos es más perfecto cada vez. ¡Quién sabe si el día de las felicitaciones está más cerca de lo que presumimos!

JAIME ROIG.



TRIBUNA DEL OBRERO



ENTRE JARAS Y BREZOS

VII

UN SACERDOTE MODELO

(CONTINUACIÓN)

La infeliz Elisa se vió sola y abandonada en medio de la calle, sin saber á quién dirigirse en aquel apurado trance.

Pedro la recibiría con los brazos abiertos; pero ella no quería dirigirse á su amante.

Con el pañuelo echado á la cara atravesó la calle, dirigiendo una última mirada á aquella casa donde quedaba su padre y de la cual la expulsaban.

Una idea la asaltó de súbito iluminando su cerebro, y su corazón, oprimido por hondo pesar, latió fuertemente á impulsos de una esperanza consoladora.

Dirigióse precipitadamente á casa de D. Antonio, cura párroco del pueblo, el cual tenía fama de filántropo por todos los pueblos comarcanos y gozaba de muchos prestigios por sus bondades y virtudes. Un año terrible en que el cólera morbo asiático hizo estragos en el pueblo, él hizo obras meritorias de caridad que merecieron el aplauso universal y el amor y el respeto de todos los vecinos del pueblo de M. Visitaba una casa donde imperaba la miseria y el hambre, y salía precipitadamente de

ella, entrándose por las puertas del primer almacén de comestibles que vela abierto, y, sin decir nada, ni pedir permiso á nadie, cogía cualquier efecto, y á veces hasta un jamón, y á nombre de la religión, se lo llevaba para una obra de caridad, cuyo pago sería un padrenuestro que rezaría todas las noches durante un mes á un santo cualquiera de la Iglesia para que hiciese prosperar aquel comercio. Y como sus dueños eran muy católicos y fervientes cristianos, no tenían palabras para oponerse á los deseos del señor cura. Acto de violencia no podían ejercer contra él, puesto que esto era un crimen de lesa religión y un atentado al ministro de Cristo. Por todo esto, cosa que se llevase D. Antonio, cosa perdida.

Él no tenía nada suyo, y á todos los ricos del pueblo les debía prestado; pero nunca les pagaba.

En suma, era un verdadero sacerdote de Cristo. Racionalista en todo y por todo, y desligado de ese misticismo religioso ridículo en los hombres, que á veces sirve para ocultar los más repugnantes vicios y las más livianas pasiones.

Este era el hombre á quien Elisa se dirigió en los momentos de atribulación y de desdicha por que pasaba.

El buen cura hallábase en el jardín de su casa cuidando las flores, vestido de pantalón y chaqueta, y cualquiera el verlo con aquel traje no hubiese visto en él un ministro de la Iglesia, cuando fué avisado por su criada, mujer de unos cincuenta, que en la puerta había una joven muy afligida y llorosa que deseaba hablarle, y á la cual no había podido conocer, porque tenía la cara tapada con el pañuelo.

—Decirla que pase á mi despacho que ya estoy en él—le dijo á su criada. Y terminando de plantar una flor, en cuya faena se hallaba muy atareado, se dirigió á su despacho con paso tardo, porque el peso de sus años impedíale andar á prisa.

Cuando se hubo encontrado frente á la joven que le esperaba, la extrañeza y la sorpresa más incomprensible se retrató en su rostro bondadoso.

—¿Qué tienes, hija, que tanto lloras? ¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho que tienes el rostro todo amoratado, y la nariz y los labios hinchados? ¿En qué puedo yo aliviar tu mal? Pide de mí todo cuanto desees y yo pueda servirte. Cuéntame lo que te pasa y yo te daré un consejo y consolaré tu corazón.

—Gracias, padre. Sabía que al venir á usted, me había de amparar y proteger—contestó la joven serenándose un poco por las buenas palabras del sacerdote.

—Sosígate, hija mía; deja ya de llorar, y cuéntame lo que te pasa.

Elisa se lo contó todo, sin omitir nada, al buen sacerdote, que no se escandalizó al saber que aquella joven, toda afligida, era ya madre, cosa tan natural é indispensable para la reproducción de este pobre ser humano.

Y considerando que la joven se hallaba desamparada, y sin un techo que la albergase, de muy buen grado la ofreció su casa, donde podía partir el lecho con su vieja criada.

En tanto, él se calaba el sombrero de teja y la sotana, y salía á gestionar la reconciliación con su padre, y poner á Pedro en conocimiento de todo cuanto había ocurrido á Elisa, para honrar así de este modo á su amada.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.
15, Rue de Saint-Pères, París.

Criminalología Moderna.—Talcahuano, 379, Buenos Aires.

Ciencia Social.—Revista mensual de Sociología, Artes y Letras.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Revue Franco-Allemand.—22, Allée Carnot.—Le Raincy-près, París.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

The Workers-Friend.—46, Hanbury St. Spitalfields, Londres, E.

La Nueva Humanidad.—Publicación mensual.—Casilla de Correos, 259, Rosario de Santa Fe.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, París.

La Protesta.—Lista de Correos, Valladolid.

Fraternidad.—García de Jove, 2, 2.º, Gijón.

La Justicia Obrera.—San Felices, 5, Haro.

El Obrero.—San Blas, 24, principal, Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 1, altos, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Question Sociale.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero Panadero.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Despertar.—1.255, 5 tn. Ave Brooklyn, N. Y.

L'Avenir Sociale.—Messina (Italia).

La Redención Obrera.—Palamós.

La Voz de la Mujer.—Calle Uruguay, 846, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Calle Yaguaron, 247, Montevideo.

Il Diritto.—Rua Silva Jardim, 60, Coritiba (Brasil).

O Protesto.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Rio Janeiro.

El Grito del Pueblo.—Rua do Riachuelo, 10, Sao Paulo (Brasil).

El Escarpelo.—Calle Méjico, 1.122, Buenos Aires.

El Amigo del Pueblo.—Ciudadela, 270, Montevideo.

Il Pensiero Libertario.—Pisa (Italia).

L'Avenir.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkine, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea y mártires de Chicago, en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de África, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas.</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta.</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.
